

MODO ABUNDANCIA

**PARA LÍDERES FORMADORES DE
UNA MENTALIDAD DE REINO**

3



OSVALDO REBOLLEDA

MODO ABUNDANCIA

3

**PARA LÍDERES FORMADORES DE
UNA MENTALIDAD DE REINO**



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción	5
PARTE I: Expandir la capacidad para avanzar.	
Capítulo uno:	
Ensanchar para recibir	9
Capítulo dos:	
El poder de la obediencia	14
Capítulo tres:	
El dar revelado o emocional	19
PARTE II: Administrar la abundancia sin corrupción.	
Capítulo cuatro:	
El peligro de perder el corazón	25
Capítulo cinco:	
Abundancia sin ego	33
Capítulo seis:	
Recursos al servicio del Reino	38
Capítulo siete:	
Mantenernos bajo el gobierno de Dios	43
PARTE III: Una Iglesia en modo abundancia.	
Capítulo ocho:	
Abundancia de cosecha	49
Capítulo nueve:	
Abundancia de sabiduría	55
Capítulo diez:	
Abundancia de poder espiritual	60

Capítulo once:	
Abundancia de recursos para la expansión.....	65
Capítulo doce:	
La abundancia como plataforma de influencia.....	70
PARTE IV: Dimensión apostólica de la abundancia.	
Capítulo trece:	
Abundancia con visión de Reino.....	76
Capítulo catorce:	
Abundancia que establece legado.....	81
Conclusión.....	86
SECCIÓN FINAL PARA LÍDERES:	
Activación, implementación y alineación en:	
Modo Abundancia.....	89
Reconocimientos.....	95
Sobre el autor.....	97

INTRODUCCIÓN

“Gobernar la abundancia del Reino”

La abundancia del Reino de Dios nunca fue diseñada simplemente para ser recibida, sino para ser gobernada. Muchos han entendido que Dios desea bendecir, prosperar, abrir puertas y derramar provisión. Y eso es verdad. Las Escrituras están llenas de promesas que revelan a un Padre que no escatima en dar a sus hijos.

Sin embargo, no todos han comprendido que recibir abundancia sin estar preparados para administrarla puede convertirse en un riesgo espiritual. Porque la abundancia, cuando no está alineada al propósito eterno, deja de ser una bendición y puede transformarse en una distracción.

Este tercer libro nace en ese punto de tensión: entre lo que Dios entrega y lo que el hombre es capaz de sostener sin perder su corazón. En los primeros dos libros he tratado el tema de la mentalidad y de la gestión de la abundancia. Hemos visto que el Reino no opera en escasez, sino en plenitud; que hay una manera de pensar, creer y vivir que abre el flujo de Dios. Pero ahora damos un paso más profundo, más maduro, más demandante:

Ante esto, debemos preguntarnos: ¿Qué hacemos con la abundancia una vez que llega? ¿Cómo evitamos que lo que Dios nos dio nos aleje de Él? ¿Cómo se administra lo mucho sin perder lo eterno?

La historia bíblica está llena de hombres que fueron levantados, prosperados y expandidos por Dios, pero no todos terminaron bien. Algunos supieron gobernar lo recibido, mientras que otros fueron consumidos por aquello que no supieron administrar.

Esto nos revela una verdad que no puede ser ignorada: Recibir no es el mayor éxito espiritual, sino que lo más importante es saber sostener lo recibido. La abundancia exige carácter, pero la expansión demanda estructura, y el aumento requiere un corazón correctamente alineado.

Por eso, este libro no es simplemente una continuación del tema, sino una transición hacia la madurez. Aquí no hablaremos solamente de recibir más, sino de: Tener la capacidad espiritual para sostenerlo; mantener el corazón correcto en medio del crecimiento; administrar recursos sin corromper el propósito; permanecer bajo el gobierno de Dios en todo tiempo y manifestar una abundancia que impacte generaciones

Porque el Reino no mide el éxito por cuánto se recibe, sino por cuánto se representa correctamente a Dios en lo recibido. La abundancia del Reino no es acumulación, es administración. No es exhibición, es representación. No es independencia, es dependencia continua.

Este tercer libro sobre la abundancia del Reino es una invitación a salir de una fe centrada en la necesidad, para entrar en una vida centrada en el propósito. Es un llamado a

dejar de pensar como receptores, para comenzar a vivir como mayordomos del Reino.

Porque cuando la abundancia es gobernada por Dios, deja de ser un beneficio personal y se convierte en una herramienta de transformación espiritual, social y generacional.

Este es el tiempo de una Iglesia que no solo pretenda recibir, sino que sepa administrar, expandir y manifestar el Reino con integridad. Este es el tiempo de vivir no solo en abundancia, sino en una abundancia que permanezca, que edifique y que glorifique a Dios.

“Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada.”

Santiago 1:5

PARTE I

EXPANDIR LA CAPACIDAD PARA AVANZAR

Capítulo uno

ENSANCHAR PARA RECIBIR

“Ensancha el sitio de tu tienda, y las cortinas de tus habitaciones sean extendidas; no seas escasa; alarga tus cuerdas, y refuerza tus estacas. Porque te extenderás a la mano derecha y a la mano izquierda; y tu descendencia heredará naciones, y habitará las ciudades assoladas.”

Isaías 54:2 y 3

La dinámica del Reino de Dios nunca ha estado limitada por la capacidad de Dios para dar, sino por la capacidad del hombre para recibir. Esta es una verdad que atraviesa toda la Escritura y que debe ser entendida con claridad por todo aquel que anhela vivir en la dimensión de la abundancia del Reino. Dios no es escaso, ni actúa con mezquindad; Él es fuente inagotable, pero no deposita de manera irresponsable en recipientes que no han sido preparados para sostener lo que Él desea derramar.

El problema, entonces, no está en el cielo, sino muchas veces en la estructura interna del creyente. Porque hay

niveles de provisión, de influencia y de expansión que no pueden ser administrados correctamente si primero no se ha producido un ensanchamiento interior.

El profeta Isaías lo expresó de manera contundente cuando habló de ensanchar el sitio de la tienda, no como una invitación opcional, sino un principio espiritual. Antes del crecimiento visible, debe haber una expansión invisible. Antes de que Dios aumente, el hombre debe prepararse.

Ensanchar implica reconocer que la medida actual no es el límite final. Implica romper estructuras mentales, emocionales y espirituales que han sido diseñadas en contextos de escasez, de temor o de experiencias pasadas. Muchos creyentes aman a Dios, pero siguen pensando desde la limitación. Oran por más, pero internamente están configurados para poco. Y esa contradicción termina frenando el fluir de lo que Dios desea hacer.

Jesús mismo enseñó este principio cuando dijo: ***“Nadie echa vino nuevo en odres viejos; de otra manera, los odres se rompen, y el vino se derrama”*** (Lucas 5:37). El problema no es el vino, sino el recipiente. El cielo no tiene dificultad en liberar lo nuevo, pero lo nuevo exige una estructura que lo pueda contener sin romperse.

Por eso, el ensanchamiento no es un proceso externo, sino profundamente interno. Es una obra del Espíritu Santo en la mente, en el carácter y en la percepción del creyente. Es

aprender a pensar conforme al Reino, a ver conforme a la fe y a vivir sin los límites que impone la lógica natural.

El apóstol Pablo lo expresó con claridad al decir: ***“Pero nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido”*** (1 Corintios 2:12). Es decir, hay cosas que ya han sido dadas, pero no pueden ser experimentadas si no son comprendidas primero. Y no pueden ser comprendidas si la mente no ha sido renovada.

Prepararse para más no es simplemente desear más, es alinearse para más. Es permitir que Dios trate áreas que muchas veces han sido ignoradas: la disciplina, la fidelidad en lo pequeño, la integridad en lo oculto, la capacidad de administrar correctamente lo que ya se tiene. Porque el Reino funciona por principios, y uno de ellos es inalterable: ***“El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel”*** (Lucas 16:10).

No hay promoción sin proceso. No hay aumento sin preparación. No hay expansión sin ensanchamiento.

Muchos desean la abundancia, pero pocos están dispuestos a pasar por el proceso que forma la capacidad para sostenerla. Y aquí es donde se marca la diferencia entre aquellos que reciben momentáneamente y aquellos que permanecen en lo que han recibido.

Dios no solo mira el deseo del corazón, también evalúa la capacidad del corazón. Porque no todo lo que se pide puede ser entregado inmediatamente. No por falta de amor, sino por sabiduría divina. Un Padre responsable no entrega a un hijo algo que aún no puede administrar correctamente.

El apóstol Pablo vuelve a reforzar esta verdad cuando escribe: ***“Entre tanto que el heredero es niño, en nada difiere del esclavo, aunque es señor de todo”*** (Gálatas 4:1). Es decir, la herencia existe, el derecho está establecido, pero la manifestación está condicionada al nivel de madurez.

Aquí encontramos una de las claves más profundas del Reino: “la abundancia no está ligada únicamente a la promesa, sino a la madurez del que la recibe”. Por eso, el límite no está en Dios. Nunca lo estuvo. ***“Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra”*** (2 Corintios 9:8). La capacidad de Dios es absoluta, completa, ilimitada. Él puede hacer abundar en todo, siempre, en toda circunstancia.

Pero esa abundancia tiene un propósito: ***“para toda buena obra”***. No es acumulación, es asignación. No es para engrandecer al hombre, sino para manifestar el Reino. Y aquí es donde el ensanchamiento encuentra su verdadero sentido. No se trata de recibir más para tener más, sino de recibir más para cumplir mejor el propósito de Dios.

Cuando el corazón se alinea con esto, el proceso deja de ser una carga y se convierte en una preparación gloriosa. Porque el creyente entiende que cada trato de Dios, cada proceso, cada desafío, no está diseñado para limitarlo, sino para capacitarlo.

Ensanchar duele, porque implica soltar viejas estructuras. Ensanchar incomoda, porque rompe zonas de confort. Ensanchar confronta, porque expone pensamientos incorrectos. Pero ensanchar también habilita, libera y posiciona.

Es el paso necesario para entrar en lo que Dios ya determinó. El que no ensancha, limita, el que no se prepara, se queda, el que no crece internamente, no puede sostener el crecimiento externo. Por eso, este no es un llamado a buscar más, es un llamado a ser capaces de recibir más.

Porque cuando la capacidad se alinea con el propósito, y el corazón está correctamente posicionado, entonces la abundancia deja de ser una promesa lejana y se convierte en una realidad sostenida. Y allí, el creyente deja de vivir por momentos, y comienza a vivir en una dimensión constante del Reino.

Capítulo dos

EL PODER DE LA OBEDIENCIA

“Dichosos más bien, contestó Jesús, los que escuchan la palabra de Dios y la obedecen”.

Lucas 11:28 (NVI)

En el Reino de Dios, la obediencia no es una opción secundaria, ni una respuesta emocional ocasional; es un principio estructural que determina el acceso, la permanencia y la manifestación de las promesas de Dios en nuestras vidas. Allí donde hay obediencia, hay apertura. Allí donde hay alineación, hay flujo. Y allí donde el corazón responde a la voz de Dios, se activa una dimensión que trasciende lo natural.

Muchos desean ver las promesas cumplidas, pero no todos están dispuestos a caminar el camino que conduce a ellas. Porque las promesas no solo se creen, también se obedecen. No son simplemente declaraciones para repetir, sino realidades que se activan cuando decidimos someter nuestra voluntad a la voluntad de Dios.

La Escritura lo establece con claridad: **“Si quisieréis y oyereis, comeréis el bien de la tierra” (Isaías 1:19)**. Este pasaje revela una condición espiritual ineludible: querer y oír. Es decir, disposición interna y respuesta práctica. No alcanza con desear, es necesario obedecer. No es suficiente entender, es imprescindible accionar.

La obediencia, en este sentido, se convierte en una llave espiritual. No porque Dios condicione su amor, sino porque Él ha diseñado el Reino bajo principios que requieren correspondencia. Dios habla, el hombre responde. Dios promete, el hombre camina. Dios establece, el hombre se alinea.

Desde el principio, esta dinámica ha sido evidente. Abraham no solo creyó en la promesa, sino que obedeció el llamado. **“Pero Jehová había dicho a Abram: Vete de tu tierra y de tu parentela... y haré de ti una nación grande” (Génesis 12:1 y 2)**. La promesa estaba declarada, pero su cumplimiento comenzó cuando Abraham se movió. Si se hubiera quedado, la promesa habría permanecido como potencial, pero no como manifestación.

Esto revela una verdad profunda: la obediencia convierte lo profético en experiencia. Muchos tienen palabras de Dios sobre sus vidas, pero viven lejos de su cumplimiento. No porque Dios haya fallado, sino porque la obediencia ha sido parcial, postergada o reemplazada por razonamientos humanos. Y en el Reino, la obediencia parcial sigue siendo desobediencia.

Jesús afirmó: **“¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?”** (Lucas 6:46). Con estas palabras, dejó en evidencia que no hay verdadera comunión con Él sin obediencia práctica. La fe que no se traduce en acciones concretas es una fe incompleta, incapaz de producir los resultados del Reino.

Santiago refuerza este principio al declarar: **“La fe, si no tiene obras, está muerta en sí misma”** (Santiago 2:17). No está diciendo que las obras sustituyen la fe, sino que la fe genuina siempre produce obediencia. Es una consecuencia natural, no una imposición externa.

Por eso, la conexión entre fe y acción es inseparable. Creer correctamente lleva a actuar correctamente. Y actuar correctamente posiciona al creyente en el lugar donde las promesas comienzan a manifestarse.

La obediencia también tiene la capacidad de abrir puertas que ningún esfuerzo humano podría abrir. Porque cuando el hombre se alinea con Dios, entra en un terreno donde lo imposible comienza a rendirse ante lo divino. No se trata de capacidad natural, sino de respaldo celestial.

Un ejemplo claro de esto lo vemos en la pesca milagrosa. Jesús le dijo a Pedro: **“Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar”** (Lucas 5:4). Desde la lógica natural, no tenía sentido. Habían trabajado toda la noche sin resultados. Pero Pedro respondió: **“Mas en tu palabra echaré la red”** (Lucas 5:5). Esa obediencia, aparentemente

simple, desató una manifestación extraordinaria. Lo que no sucedió en toda una noche de esfuerzo, ocurrió en un momento de obediencia.

Esto nos enseña que la obediencia no solo abre puertas, también acelera procesos. Lo que parecía estancado se mueve. Lo que parecía imposible se activa. Lo que parecía lejano se acerca.

Pero la obediencia verdadera no se basa en la conveniencia, sino en la confianza. No obedece porque entiende todo, sino porque reconoce quién habló. Y allí radica una de las mayores batallas del creyente: obedecer cuando no tiene sentido natural. Porque la mente carnal siempre buscará explicaciones, garantías y seguridad. Pero el Reino se mueve por fe, no por vista. Y la obediencia es la expresión más concreta de esa fe.

También es importante entender que la obediencia no es solo para momentos grandes o decisiones trascendentales. Es un estilo de vida. Se expresa en lo cotidiano, en lo pequeño, en lo aparentemente insignificante. Y es allí donde se forma el carácter que luego puede sostener lo grande.

El que aprende a obedecer en lo secreto, será confiable en lo público. El que responde a Dios en lo pequeño, estará preparado para responder en lo mucho. Porque Dios no busca resultados aislados, busca hombres y mujeres que vivan en una cultura de obediencia. Y en esa cultura, las promesas no son excepciones, son consecuencia.

La obediencia activa lo que la promesa declara, la obediencia sostiene lo que la abundancia entrega, la obediencia protege al corazón de desviarse cuando el aumento llega. Por eso, no se trata solo de recibir más, sino de vivir correctamente delante de Dios. Porque cuando la obediencia se vuelve una práctica constante, dejamos de vivir reaccionando a las circunstancias y comenzamos a caminar guiados por la voz de Dios.

Y allí, en ese lugar de alineación, la vida deja de ser incierta, y se convierte en una manifestación progresiva del propósito eterno.

“Si obedecen todo lo que yo les he mandado, los amaré siempre, así como mi Padre me ama, porque yo lo obedezco en todo”.

Juan 15:10 (TLA)

Capítulo tres

EL DAR REVELADO O EMOCIONAL

“Cada uno debe dar según lo que haya decidido en su corazón, no de mala gana ni por obligación, porque Dios ama al que da con alegría.”

2 Corintios 9:7

En el segundo libro dediqué un capítulo a la generosidad como estilo de vida, pero deseo ahora, demostrar que el dar con perseverancia es el producto de una revelación, no de una acción entusiasta. En la Iglesia hay hermanos que suelen emocionarse con una Palabra y ciertamente dan, pero al día siguiente vuelven a su estado de mezquindad. Eso no puede abrir las compuertas de la abundancia para sus vidas.

Uno de los principios más poderosos, y a la vez más incomprendidos dentro del Reino de Dios, es el dar. No como un acto aislado, no como una práctica ocasional, ni mucho menos como una obligación religiosa, sino como una expresión continua de la naturaleza de Dios en nuestras vidas.

Porque el dar, en su esencia más profunda, no es un asunto financiero, es un asunto de identidad.

Esto lo mencioné anteriormente, pero es bueno que lo recordemos: “Dios es dador”. Esta es una de las revelaciones más claras de las Escrituras. ***“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito” (Juan 3:16)***. El amor de Dios se manifestó dando. No reteniendo, no calculando, no limitando. Dio lo más valioso. Y en ese acto estableció un principio eterno: el dar es la evidencia visible de un corazón alineado con Él.

Partiendo de este principio todo se abre, porque la Escritura es clara: ***“El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” (Romanos 8:32)***. No hay nada superior al Hijo, y si Su generosidad no encontró límites para dar Su amor, como no nos dará otras cosas que para nosotros pueden ser importantes, pero para Él solo minucias. Al menos al comparar cualquier cosa con el Hijo.

Por eso, cuando logramos entrar en la dinámica del Reino, no solo recibimos una nueva vida, también somos llamados a reflejar el carácter de Aquel que nos salvó. Y ese carácter se expresa, entre otras cosas, en una vida de generosidad constante, porque es claro que Dios no solo nos dio al Hijo para salvarnos, sino para que vivamos en Él (**Hechos 17:28**). ¡Eso es generosidad!

Sin embargo, muchos hermanos han reducido el dar a un momento, a una ofrenda puntual o a una reacción emocional. Pero el Reino no se mueve por impulsos, sino por principios. Y el dar es uno de ellos. No es una acción que se activa en determinados contextos, es un estilo de vida que fluye desde un corazón transformado.

El apóstol Pablo lo expresa con claridad cuando dice que el dar es una propuesta del corazón y la evidencia de tal evento es la alegría (**2 Corintios 9:7**). Pablo no se refirió a presiones de obediencia, ni de una manipulación, ni de una obligación. Se habla de una decisión interna, de una convicción que nace del entendimiento espiritual.

Hay hermanos que entusiasmados por un mensaje motivador, o un supuesto desafío de fe, han dado generosamente, pero no han sido efectivos, porque no dieron en verdadero acuerdo de corazón. No lo hicieron con alegría, ni con verdadera convicción, porque no fueron movidos por el Espíritu en la revelación de Su voluntad, sino por una emoción enfocada más en producir resultados que en dar desinteresadamente.

El dar correcto no nace de la necesidad externa, sino de la abundancia interna. Y esto es fundamental entenderlo, porque muchos dan esperando recibir, y aunque el Reino también opera en siembra y cosecha, ese no es el fundamento principal. El fundamento es reflejar a Dios. Es vivir conforme a su naturaleza.

Cuando el dar solo se convierte en estrategia para obtener, pierde su pureza. Pero cuando se convierte en expresión de identidad, activa el flujo correcto del Reino.

Jesús mismo enseñó este principio al decir: ***“Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo”*** (Lucas 6:38), pero no lo presentó como una fórmula impulsada por la codicia, sino como una ley espiritual que establece un resultado efectivo. El dar activa un ciclo, un flujo, una dinámica que no depende de sistemas humanos, sino del diseño del Reino.

El problema es que muchos desean el resultado del dar, sin adoptar la vida de dar. Quieren la cosecha, pero no la siembra. Anhelan el retorno, pero resisten el desprendimiento. Y aquí es donde el corazón es probado, porque dar implica soltar, y soltar revela en quién está puesta la confianza. Ante esto, les recomiendo leer mi libro titulado: ***“Ser tacaño es otra cosa”***, el cual pueden bajar desde mi página personal.

El que no puede dar, en realidad no tiene un problema financiero, tiene un problema de confianza. Porque el dar es una declaración espiritual que dice: ***“Mi provisión no depende de lo que retengo, sino de Dios que provee”***.

El apóstol Pablo vuelve a reforzar este principio cuando escribe: ***“El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará”*** (2 Corintios 9:6). No está

hablando solo de cantidades, sino de actitud. De una disposición interna que define la medida en la que el Reino puede fluir.

Pero es importante entender que el dar no se limita a lo económico. Es una vida que se expresa en tiempo, en servicio, en recursos, en amor, en disposición. Es una entrega integral.

Hay creyentes que quieren vivir en abundancia, pero viven reteniendo. Y eso es incompatible con el Reino. Porque en el Reino, lo que se retiene se estanca, pero lo que se libera fluye. El dar abre, pero el retener cierra, el dar activa, pero el retener bloquea, el dar alinea, pero el retener desconecta. Por eso, la generosidad no es una opción para el creyente maduro, es una evidencia de que ha entendido el Reino.

Y aquí aparece otra dimensión profunda: el dar no empobrece, posiciona. No reduce, multiplica. No debilita, fortalece.

Proverbios lo declara de manera contundente: ***“Hay quienes reparten, y les es añadido más; y hay quienes retienen más de lo que es justo, pero vienen a pobreza” (Proverbios 11:24)***. Este es un principio que desafía la lógica natural, pero confirma la lógica del Reino. Porque en el sistema del mundo, acumular es seguridad, pero en el sistema del Reino, dar es seguridad futura.

Esto no significa irresponsabilidad, sino alineación. No se trata de dar sin sabiduría, sino de vivir con un corazón libre, gobernado por Dios y no por el temor.

El dar como estilo de vida también protege el corazón. Lo mantiene sano, libre de avaricia, desconectado del materialismo y enfocado en el propósito. Porque la abundancia mal administrada puede corromper, pero la generosidad constante mantiene el corazón en el lugar correcto.

Cuando una persona deja de dar, comienza a centrarse en sí misma. Y cuando el corazón se centra en sí mismo, pierde la perspectiva del Reino. Por eso, el dar no solo activa el flujo externo, sino que preserva la salud interna. Es una disciplina espiritual que nos mantiene alineados, sensibles y dependientes de Dios.

El dar como estilo de vida no es para unos pocos, es el diseño para todos los que han sido alcanzados por la gracia. Es la evidencia de una vida que ha dejado de girar en torno a sí misma y ha comenzado a girar en torno al Reino. Por eso, no se trata de dar más, se trata de vivir dando.

Porque cuando entramos en esta dimensión, dejamos de ver el dar como una pérdida, y comenzamos a experimentarlo como una de las expresiones más poderosas de la abundancia del Reino.

PARTE II

ADMINISTRAR LA ABUNDANCIA SIN CORRUPCIÓN

Capítulo cuatro

EL PELIGRO DE PERDER EL CORAZÓN

***“Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón;
Porque de él mana la vida.”***

Proverbios 4:23

Uno de los riesgos más silenciosos y peligrosos en la vida del creyente no aparece en la escasez, sino en la abundancia. Porque cuando falta, el corazón suele volverse dependiente de Dios; pero cuando hay, existe la tentación de volverse independiente.

Este es un principio espiritual que se repite a lo largo de toda la Escritura: el problema no es tener, el problema es olvidar. No es la abundancia en sí misma lo que corrompe, sino la desconexión del corazón con Aquel que la otorgó.

Moisés advirtió claramente al pueblo de Israel antes de entrar en la tierra prometida: ***“No suceda que comas y te sacies, y edifiques buenas casas en que habites... y se enorgullezca tu corazón, y te olvides de Jehová tu Dios”***

(Deuteronomio 8:12 al 14). La advertencia no estaba dirigida a la pobreza, sino al éxito. No al desierto, sino a la tierra de abundancia. Porque el mayor peligro no era no tener, era tener sin Dios en el centro.

La abundancia tiene la capacidad de revelar lo que verdaderamente gobierna el corazón. Mientras no hay recursos, muchas actitudes permanecen ocultas. Pero cuando el aumento llega, lo interno se manifiesta con claridad. La abundancia no crea el problema, lo expone.

Jesús lo expresó de manera contundente: *“Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”* (Mateo 6:21). Es decir, el corazón siempre sigue aquello que valora. Y si en medio de la abundancia el tesoro deja de ser Dios, el corazón inevitablemente se desviará. Aquí es donde muchos fracasan, no por falta de fe, sino por falta de gobierno interno.

Comienzan bien, dependiendo de Dios, buscando su presencia, caminando en humildad. Pero cuando el resultado llega, cuando la provisión aumenta, cuando las puertas se abren, algo comienza a cambiar. Sutilmente, casi imperceptiblemente, el corazón empieza a desplazarse.

La oración pierde intensidad, la dependencia se debilita, la sensibilidad espiritual disminuye, y sin darse cuenta, lo que comenzó como una bendición, se convierte en una plataforma de distracción. Por eso, la abundancia sin Dios no es bendición, es peligro.

El libro de Proverbios lo expresa con una sabiduría profunda: ***“No me des pobreza ni riquezas; manténme del pan necesario; no sea que me sacie, y te niegue, y diga: ¿Quién es Jehová?”*** (Proverbios 30:8 y 9). Este pasaje revela algo que pocos consideran: la abundancia mal administrada puede producir una ilusión de autosuficiencia. Y la autosuficiencia es uno de los enemigos más grandes del Reino, porque el Reino funciona bajo dependencia, no parcial, no ocasional, sino continua.

Jesús mismo dijo: ***“Separados de mí nada podéis hacer”*** (Juan 15:5). No dijo “poco”, dijo “nada”. Esto incluye aún aquello que aparentemente ya está funcionando. Porque lo que comenzó por Dios no puede sostenerse correctamente sin Dios.

La desviación del propósito es otra de las consecuencias de perder el corazón. Cuando la abundancia llega, el enfoque puede cambiar. Lo que antes era un medio para servir a Dios, se convierte en un fin en sí mismo. El recurso deja de estar al servicio del Reino, y el Reino comienza a ser subordinado al recurso.

Esto es extremadamente peligroso, porque cuando el propósito se distorsiona, la abundancia pierde su sentido original. Ya no edifica, ya no expande, ya no glorifica a Dios. Se vuelve simplemente un sistema de satisfacción personal. Y en ese punto, aunque externamente todo parezca prosperar, internamente comienza un deterioro.

Jesús advirtió sobre esto al hablar del engaño de las riquezas, diciendo que ahogan la palabra (**Mateo 13:22**). No la niegan, no la rechazan abiertamente, simplemente la ahogan. Es un proceso lento, progresivo, silencioso.

La palabra sigue presente, pero sin fruto, la vida espiritual sigue existiendo, pero sin profundidad, la relación con Dios sigue, pero sin fuego. Ese es el efecto de un corazón que ha comenzado a desplazarse.

El riesgo del éxito, entonces, no es el éxito en sí, sino lo que produce si no es correctamente administrado. Porque el éxito sin carácter expone debilidades. Y la abundancia sin gobierno interno amplifica todo lo que no ha sido tratado. Por eso, Dios no solo está interesado en bendecirnos, sino que está interesado en preservar nuestro corazón.

El rey Salomón es un ejemplo claro de esto. Comenzó con humildad, pidiendo sabiduría, reconociendo su necesidad de Dios. Y Dios no solo le dio sabiduría, sino también riqueza, honor y expansión. Pero con el tiempo, su corazón se desvió. ***“Y cuando Salomón era ya viejo, sus mujeres inclinaron su corazón tras dioses ajenos”*** (1 Reyes 11:4). Lo que no fue guardado, se terminó perdiendo.

Salomón fue un hombre sabio, pero lamentablemente perdió esa abundancia de sabiduría, porque el mismo escribió: ***“Propuse en mi corazón agasajar mi carne con vino, y que anduviese mi corazón en sabiduría, con retención de la necedad...”*** (Eclesiastés 2:3). Estas cosas

son incongruentes, ¿quién puede pretender sabiduría haciendo todo lo que la carne desea y quien puede ser sabio reteniendo su necedad?

De hecho, mató a su hermano Adonías, a Joab el principal de su padre, un hombre que siempre actuó con fidelidad. También mató a Simei a quien su padre había perdonado por criticarlo. Oprimió al pueblo con impuestos y tristemente esclavizó a muchos conciudadanos, a la vez que hizo alianza con pueblos extranjeros.

Es verdad que edificó un templo extraordinario para Dios, pero lo que nunca se menciona es que su propio palacio fue casi veinte veces más grande y tardó el doble de tiempo para construirlo, utilizando un esplendor extraordinario.

La verdad es que Salomón abandonó la Palabra y todo lo que Dios había advertido que un rey no debía hacer. Acumuló caballos y mucho dinero, a la vez que oprimió al pueblo con muchos impuestos. Ejerció la poligamia con mujeres extranjeras, las cuales lo llevaron a pecar adorando a sus falsos dioses. De hecho, algunas de sus mujeres adoraban a Molóc, el cual pedía hijos en sacrificio, con lo cual se entiende que Salomón hizo lo mismo.

Al final, y sin más detalles, solo puedo decir que se puede recibir sabiduría en abundancia, se puede recibir bienes y poder en abundancia, pero si no se cuida el corazón, podemos perder en lugar de ganar, desviarnos en lugar de

avanzar. No importa cómo comenzamos o qué recibimos, sino cómo terminamos.

Por eso el apóstol Pablo habiendo recibido abundancia de revelación y gracia dijo con toda claridad: ***“Disciplino mi cuerpo como lo hace un atleta, lo entreno para que haga lo que debe hacer. De lo contrario, temo que, después de predicarles a otros, yo mismo quede descalificado”*** (1 Corintios 9:27 NTV).

Por eso, la instrucción bíblica es clara: ***“Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida”*** (Proverbios 4:23). No dice que guardemos nuestro dinero, ni nuestra posición, ni nuestros logros, sino que guardemos nuestro corazón.

Porque si el corazón está correcto, todo lo demás puede ser administrado correctamente. Pero si el corazón se pierde, todo lo demás pierde su valor. Los hijos de Dios que ya hemos madurado, debemos entender que el mayor éxito no es tener más, sino saber permanecer alineados y en perfecta comunión con nuestro Señor.

Entendamos que la verdadera abundancia no es la que se acumula, sino la que se puede sostener sin perder la presencia. Por eso, el desafío no es solo crecer, sino crecer sin desviarnos. No es solo avanzar, sino avanzar sin olvidar cómo comenzamos. No es solo recibir, sino recibir sin perder la adoración y el foco de nuestro corazón.

Y aquel que logra esto, entra en una dimensión superior del Reino. Una dimensión donde la abundancia no es un riesgo, sino una herramienta. Donde el crecimiento no corrompe, sino que potencia el propósito. Donde el aumento no aleja de Dios... sino que lo revela aún más.

***“Me has guiado según tu consejo,
Y después me recibirás en gloria.
¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti?
Y fuera de ti nada deseo en la tierra.”***

Salmo 73:24 y 25

Capítulo cinco

ABUNDANCIA SIN EGO

“Que nadie busque sus propios intereses, sino los del prójimo”.

1 Corintios 10:24

Uno de los desafíos más profundos que enfrenta el creyente cuando entra en una dimensión de abundancia es sostener una identidad correcta. Porque si hay algo que la abundancia tiende a exponer y amplificar, es el estado real del corazón. Y si ese corazón no está afirmado en Dios, el ego encontrará terreno fértil para crecer.

El ego es sutil. No siempre se manifiesta de manera evidente o escandalosa. Muchas veces se disfraza de logro, de seguridad, de autosuficiencia o incluso de aparente madurez. Pero en esencia, el ego es una desconexión del gobierno de Dios. Es el intento del hombre de ocupar un lugar que no le corresponde.

Por eso, cuando la abundancia llega a una vida que no ha tratado profundamente el ego, el resultado no es expansión saludable, es desviación progresiva.

Moisés advirtió al pueblo sobre esto diciendo: ***“Y digas en tu corazón: Mi poder y la fuerza de mi mano me han traído esta riqueza” (Deuteronomio 8:17)***. Este pensamiento no es solo una frase, es una condición espiritual. Es el momento en el que el hombre comienza a atribuirse a sí mismo lo que en realidad proviene de Dios, y cuando eso ocurre, el corazón comienza a endurecerse.

La humildad deja de ser una expresión natural y se convierte en un discurso. La dependencia se reemplaza por confianza en la propia capacidad. Y lo que antes era una relación viva con Dios, comienza a transformarse en una estructura sostenida por resultados. Pero el Reino no se edifica sobre resultados, se edifica sobre relación.

Jesús dijo: ***“Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón” (Mateo 11:29)***. No dijo solamente humilde en acciones, sino en el corazón. Porque la verdadera humildad no es una conducta externa, es una condición interna.

Y esto es fundamental entenderlo: la abundancia no está diseñada para exaltar al hombre, sino para manifestar a Dios. Por eso, cuando el ego se infiltra, distorsiona completamente el propósito de lo recibido.

El apóstol Pablo, a pesar de haber sido uno de los hombres más usados por Dios, entendía este principio profundamente. En **1 Corintios 15:10** declaró: ***“Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo”***. Pablo no negaba su trabajo, ni su esfuerzo, pero tenía claro el origen de todo. No se apropiaba de lo que pertenecía a la gracia. Ese es el corazón correcto.

La abundancia sin ego es posible, pero no es automática. Requiere un entendimiento constante, una vigilancia interna y una dependencia continua del Espíritu Santo. Porque el ego no se elimina en un momento, se somete diariamente.

El problema no es tener recursos, influencia o resultados. El problema es cuando esas cosas comienzan a definir la identidad. Porque nuestra identidad no está en lo que tenemos, sino en quienes somos Cristo. Cuando la identidad está firme, la abundancia no corrompe. Pero cuando la identidad es débil, la abundancia se vuelve peligrosa.

Por eso, Pablo también escribió: ***“El que se gloria, gloriése en el Señor”*** (**1 Corintios 1:31**). Es una reubicación del enfoque. No se trata de negar lo que Dios hace, sino de reconocer correctamente quién es la fuente. La humildad en la abundancia no significa minimizar lo que Dios ha dado, sino administrarlo con el entendimiento correcto. Es reconocer que todo proviene de Él, se sostiene por Él y tiene como fin glorificarlo a Él.

Aquí aparece una verdad clave: la humildad no es pensar menos de uno mismo, es pensar correctamente acerca de uno mismo y vivir bajo esos parámetros. Es saber que sin Dios no somos nada, pero en Él hemos sido llamados, capacitados y enviados. Es vivir en equilibrio, sin caer ni en el orgullo ni en la falsa humildad, porque ambos extremos son peligrosos.

El orgullo exalta al hombre por encima de Dios, pero la falsa humildad niega lo que Dios ha hecho. Sin embargo, la verdadera humildad honra a Dios en todo.

Santiago lo expresa con claridad: **“Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes” (Santiago 4:6)**. Esto revela que la gracia, que es la capacidad divina operando en el hombre, fluye con mayor intensidad en aquellos que han decidido permanecer en humildad. Es decir, la humildad no solo protege, sino que también posiciona para más.

Por eso, la abundancia sin ego no es una limitación, es una plataforma segura. Es el lugar donde Dios puede confiar más, sabiendo que lo que entregue no será desviado, ni apropiado, ni utilizado incorrectamente. El corazón correcto en medio de la abundancia es aquel que sigue reconociendo su necesidad de Dios. Que no pierde la sensibilidad espiritual. Que no reemplaza la presencia por el resultado, ni la comunión por la actividad.

Es un corazón que sigue adorando en lo secreto, que sigue dependiendo en lo cotidiano, que sigue reconociendo

que todo lo que tiene es parte de una asignación y no de una posesión definitiva.

El que entiende esto, nunca se adueña de nada, sino que administra. Nunca se exalta a sí mismo, sino que representa. Nunca se desconecta de la fuente, sino que permanece. Y en esa permanencia, la abundancia encuentra su lugar correcto. No como un fin, sino como un medio. No como una plataforma de exaltación personal, sino como una herramienta para expandir el Reino.

Los que logramos vivir en esta dimensión hemos vencido una de las pruebas más grandes: tener lo necesario para nuestro propósito, sin perder la humildad. Y allí, en ese equilibrio, podemos posicionarnos para algo mayor. Porque Dios no solo nos otorga cuando actuamos con humildad, sino que puede llegar a considerarnos confiables.

Esto me parece maravilloso, porque ciertamente todos los seres humanos sabemos que Dios es confiable, pero muy pocos dentro de miles de millones de seres humanos, tenemos la oportunidad de volvernos confiables para una misión divina. No precisamente por nuestras capacidades, sino por la obra soberana del Señor.

Dejarlo hacer en nosotros, rindiéndonos a Su Espíritu Santo, es llegar a ser lo que Él ha planificado y eso es glorioso.

Capítulo seis

RECURSOS AL SERVICIO DEL REINO

“Honra a Jehová con tus bienes, y con las primicias de todos tus frutos; Y serán llenos tus graneros con abundancia, y tus lagares rebosarán de mosto”

Proverbios 3:9 y 10

Una de las mayores distorsiones que ha sufrido el entendimiento de la abundancia dentro del pueblo de Dios es creer que los recursos tienen como finalidad principal el beneficio personal. Aunque Dios, en Su gracia, provee para las necesidades de sus hijos, el diseño del Reino nunca ha sido centrado en el individuo, sino en el propósito.

La abundancia, en su esencia más pura, no es para acumular, es para asignar.

Todo recurso que llega a nuestras manos lleva implícita una responsabilidad espiritual. No es simplemente una bendición para disfrutar, es una herramienta para

administrar. Y la forma en que administramos revela el nivel de entendimiento del Reino que poseemos.

Jesús enseñó este principio en la parábola de los talentos: ***“Porque al que tiene, le será dado, y tendrá más; y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado”*** (Mateo 25:29). Este pasaje no habla de favoritismo, sino de administración. El que entiende el propósito de lo recibido, es confiable para más. El que lo retiene o lo esconde, demuestra incapacidad para sostenerlo.

Esto nos confronta con una verdad profunda: no todo el que recibe está preparado para administrar. Por eso, el Reino no mide la capacidad de una persona por cuánto posee, sino por cómo utiliza lo que posee. La abundancia no es la evidencia de madurez, la administración sí lo es.

El apóstol Pedro lo expresó de manera clara: ***“Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios”*** (1 Pedro 4:10). Aquí se establece un principio clave: lo recibido debe ser ministrado. Es decir, puesto en función de otros, no encerrado en uno mismo. Esto rompe completamente con la mentalidad de acumulación.

Porque en el sistema del mundo, tener más es el objetivo. Pero en el sistema del Reino, servir más es el propósito. La abundancia sin propósito se convierte en carga. La abundancia con propósito se convierte en expansión.

Dios no entrega recursos para que sean almacenados sin sentido, sino para que sean invertidos en lo eterno. Y esto incluye todo: finanzas, tiempo, dones, influencia, oportunidades. Todo lo que pasa por nuestras manos tiene el potencial de ser canalizado hacia el cumplimiento del propósito de Dios.

Jesús fue claro al decir: ***“No os hagáis tesoros en la tierra... sino haceos tesoros en el cielo”*** (Mateo 6:19 y 20). No estaba prohibiendo tener, estaba enseñando a priorizar. Estaba reordenando el enfoque del corazón. Porque donde está la inversión, allí está la intención.

Los creyentes maduros no invertimos solo en lo temporal, sino que también invertimos en lo eterno. Esto implica una transformación profunda en la manera de ver los recursos. Ya no son vistos como propiedad personal, sino como herramientas del Reino. Ya no son retenidos con temor, sino administrados con sabiduría.

La mayordomía espiritual es, entonces, uno de los pilares fundamentales de la abundancia correcta. Es entender que todo proviene de Dios, todo pertenece a Dios y todo debe ser utilizado conforme al propósito de Dios.

El salmista lo declara con claridad: ***“De Jehová es la tierra y su plenitud”*** (Salmos 24:1). Esto incluye todo lo que el hombre puede llegar a poseer. Nada es verdaderamente propio, todo es delegado. Y cuando esta verdad se establece en el corazón, cambia completamente la forma de vivir.

Porque dejamos de preguntarnos “¿cuánto podemos guardar?” y comenzamos a preguntarnos “¿cómo podemos invertir mejor lo que Dios nos ha confiado?”.

Este cambio de enfoque libera, ordena y posiciona. Porque el que administra correctamente no vive bajo presión, sino bajo dirección. No actúa por impulso, sino por revelación. No se mueve por necesidad, sino por propósito.

El apóstol Pablo también entendía esta dinámica cuando hablaba de la colecta para los santos, enseñando que la abundancia de unos suplía la necesidad de otros (**2 Corintios 8:14**). Esto revela que en el Reino no hay acumulación egoísta, sino distribución estratégica.

Dios no piensa en términos individuales, piensa en términos de cuerpo. Y cuando el cuerpo funciona correctamente, no hay escasez. Porque lo que uno tiene, bendice a otro. Y lo que otro necesita, es suplido por la abundancia que Dios ha distribuido en su pueblo.

Por eso, los recursos al servicio del Reino generan impacto. No solo en la iglesia, sino también en la sociedad. Permiten avanzar en proyectos, sostener la obra, alcanzar vidas, transformar contextos.

La abundancia correctamente administrada no se queda en lo interno, se manifiesta externamente. Pero para que esto suceda, es necesario vencer una mentalidad profundamente arraigada: la mentalidad de acumulación.

Acumular da una sensación de seguridad, pero no garantiza propósito. Invertir en el Reino, en cambio, garantiza trascendencia.

Jesús lo expresó de manera contundente: ***“Donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”*** (Mateo 6:21). Es decir, la manera en que administramos los recursos revela dónde está nuestro corazón. Si el corazón está en Dios, los recursos fluirán hacia su propósito. Si el corazón está en uno mismo, los recursos se detendrán.

Por eso, la administración no es un asunto externo, es un reflejo interno. Quienes hemos entendido esto dejamos de ver la abundancia como un derecho y comenzamos a verla como una responsabilidad. Ya no nos sentimos dueños, sino administradores. Ya no buscamos acumular por vanidad, sino expandir por propósito. Y en esa expansión, el Reino se manifiesta con poder.

Porque cuando los recursos se alinean con el propósito, la abundancia deja de ser personal, y se convierte en una herramienta para transformar realidades. Y ese es el diseño original: no tener más por tener, sino tener más para servir mejor al Rey de Gloria.

“Pero si alguien tiene bienes materiales y ve a su hermano en necesidad, y aun así le cierra su corazón, ¿cómo puede estar el amor de Dios en él?”

1 Juan 3:17

Capítulo siete

MANTENERNOS BAJO EL GOBIERNO DE DIOS

“Pues todas las cosas provienen de él y existen por su poder y son para su gloria. ¡A él sea toda la gloria por siempre! Amén.”

Romanos 11:36 NTV

Uno de los errores más peligrosos que puede cometer un creyente en medio de la abundancia no es dejar de creer en Dios, sino dejar de depender de Él. Porque hay una diferencia profunda entre reconocer a Dios y vivir bajo su gobierno.

Muchos no niegan a Dios con sus palabras, pero lo desplazan con sus decisiones. Y ese desplazamiento no ocurre de manera brusca, sino progresiva. Comienza cuando la vida empieza a funcionar. Cuando los recursos están disponibles, cuando las puertas se abren, cuando las respuestas llegan. En ese contexto, la tentación no es abandonar a Dios, es comenzar a administrar la vida sin consultarlo.

Esto es lo que la Escritura llama independencia espiritual. Y es extremadamente peligrosa, porque mantiene una apariencia de fe, pero carece de su esencia.

Proverbios lo expresa con claridad: ***“Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas”*** (Proverbios 3:5 y 6). Este pasaje no habla de momentos específicos, sino de una manera de vivir. “En todos tus caminos” implica totalidad, continuidad, dependencia permanente.

El gobierno de Dios no es una intervención ocasional, es una autoridad continua sobre la vida del creyente. Y aquí está el punto central: la abundancia mal administrada puede generar una falsa sensación de control. El hombre comienza a confiar en lo que tiene, en lo que sabe, en lo que ha logrado. Y sin darse cuenta, reemplaza la guía del Espíritu por su propia capacidad. Pero el Reino no se sostiene por capacidad humana, se sostiene por dirección divina.

El pueblo de Israel vivió esta tensión constantemente. Mientras dependían de Dios en el desierto, veían milagros diarios. Pero cuando entraron en la tierra prometida y comenzaron a establecerse, el riesgo aumentó. Ya no necesitaban el maná diario, ahora tenían cosechas. Y con eso, apareció la posibilidad de olvidar la fuente.

Por eso, Dios les dio una instrucción clara: ***“A Jehová tu Dios temerás, y a él solo servirás... No andaréis en pos***

de dioses ajenos” (Deuteronomio 6:13 y 14). No se trataba solo de idolatría visible, sino de cualquier cosa que desplazara a Dios del centro.

Porque todo aquello en lo que el hombre comienza a confiar más que en Dios, se convierte en su dios. Y en el contexto de la abundancia, ese “dios” muchas veces no es una imagen... es la autosuficiencia.

Jesús fue categórico cuando dijo: ***“Ninguno puede servir a dos señores” (Mateo 6:24).*** No habló solo de dinero, sino del principio. El corazón no puede estar dividido. No puede vivir parcialmente bajo el gobierno de Dios y parcialmente bajo su propio control.

El gobierno de Dios requiere rendición total. No parcial, no selectiva, sino total. Y esto incluye todas las áreas: decisiones, recursos, relaciones, proyectos, dirección. No hay espacio en nuestra vida que deba quedar fuera de la autoridad de Dios. Porque el verdadero crecimiento no se mide solo por lo que hemos alcanzado, sino por cuánto hemos rendido al Señor.

El apóstol Pablo entendía esto profundamente cuando escribió: ***“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí” (Gálatas 2:20).*** Esto no es solo una declaración teológica, es una realidad práctica. Es el abandono del gobierno propio para vivir bajo el gobierno de Cristo.

Aquí encontramos una de las claves más importantes de la abundancia sostenida: no se trata de tener el control, se trata de permanecer bajo el control de Dios. Porque mientras Dios gobierna, hay orden, mientras Dios gobierna, hay dirección, mientras Dios gobierna, hay preservación.

Pero cuando el hombre toma el control, aunque todo parezca funcionar, comienza un proceso silencioso de desgaste. Las decisiones dejan de ser guiadas por el Espíritu Santo y comienzan a ser guiadas por la lógica, la experiencia o la conveniencia. Y aunque eso puede producir resultados temporales, nunca sostendrá el propósito eterno.

Por eso, mantenernos bajo el gobierno de Dios implica permanecer alineados. Esto no es un acto inicial, es una práctica constante. Es consultar, es escuchar, es obedecer, es depender.

Jesús vivió de esta manera. Él mismo dijo: ***“No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre” (Juan 5:19)***. Si alguien tenía autoridad, capacidad y poder, era Él. Sin embargo, eligió vivir en dependencia absoluta. Ese es el modelo.

Porque el poder sin dependencia se vuelve peligroso, la abundancia sin gobierno se vuelve inestable, el crecimiento sin dirección se vuelve desorden. Por eso, no debemos dejarnos impresionar por lo que llega a nuestras manos, sino que cuida bajo qué gobierno vive.

La dependencia continua no es debilidad, es fortaleza. Es el reconocimiento constante de que la vida no fue diseñada para ser vivida desde la autosuficiencia, sino desde la comunión con Dios. Y en esa comunión, el Espíritu Santo se convierte en guía, en consejero, en dirección permanente.

Romanos 8:14 lo declara claramente: *“Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios”*. No dice los que creen solamente, sino los que son guiados. La evidencia de una vida alineada es la dirección continua del Espíritu.

Por eso, mantener el gobierno de Dios no es una carga, es una protección. Protege el corazón, protege las decisiones, protege el propósito. Mantiene al creyente en el lugar correcto, aun en medio del crecimiento, de la expansión y de la abundancia.

El que aprende a vivir bajo este gobierno no teme al aumento, porque sabe que no depende de sí mismo para sostenerlo. Ha entendido que el secreto no es cuánto tiene, sino quién gobierna lo que tiene. Y allí, en ese lugar de rendición continua, la abundancia deja de ser un riesgo, y se convierte en una expresión estable del Reino de Dios.

PARTE III

**UNA IGLESIA
EN MODO
ABUNDANCIA**

.

Capítulo ocho

ABUNDANCIA DE COSECHA

“Siembran campos y plantan viñedos que dan una cosecha abundante; él los bendice, y su número aumenta mucho, y no permite que sus rebaños disminuyan”.

Salmo 107:37 y 38

La abundancia del Reino nunca fue diseñada para terminar en la vida individual del creyente. Todo lo que Dios hace en una persona tiene como propósito impactar a otros. Por eso, cuando la abundancia es correctamente entendida y administrada, inevitablemente se traduce en cosecha. No una cosecha limitada, ocasional o circunstancial, sino una cosecha constante, creciente y multiplicadora.

Jesús lo dejó claro cuando declaró: ***“En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto”*** (Juan 15:8). No dijo fruto solamente, sino mucho fruto. Esto revela que la voluntad de Dios no es una productividad espiritual mínima, sino una abundancia de resultados que reflejen su naturaleza.

La escasez de fruto no glorifica a Dios, la abundancia de fruto sí. Pero este fruto no es automático. No se produce simplemente por deseo, ni por actividad, ni por estructura humana. El fruto del Reino es el resultado de una vida conectada, alineada y gobernada por Dios.

Jesús continuó diciendo: ***“El que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer” (Juan 15:5)***. Aquí encontramos la base de toda cosecha verdadera: la permanencia. No se trata de métodos, se trata de conexión. No se trata de estrategias humanas, se trata de vida espiritual.

La Iglesia que entra en modo abundancia no es aquella que simplemente hace más cosas, sino aquella que está profundamente conectada con Cristo. Y desde esa conexión, el fruto fluye de manera natural.

Uno de los mayores errores en el ámbito ministerial es intentar producir resultados sin priorizar la presencia. Se busca crecimiento, pero sin profundidad. Se desea expansión, pero sin comunión. Y aunque eso puede generar movimiento, no produce fruto verdadero. Porque el fruto del Reino no se fabrica, se manifiesta. Y se manifiesta cuando la vida de Dios fluye a través de su Iglesia.

La abundancia de cosecha se expresa principalmente en dos dimensiones: evangelismo efectivo y multiplicación de discípulos. El evangelismo efectivo no es simplemente comunicar un mensaje, es transmitir vida. Es predicar con

autoridad, con unción, con convicción, de tal manera que el corazón del oyente sea confrontado, transformado y atraído hacia Cristo.

Jesús no solo hablaba, impactaba. No solo enseñaba, sino que transformaba a través de sus palabras. Y eso es lo que la Iglesia está llamada a recuperar. Caminar, vivir y hablar bajo la unción del Espíritu Santo. Con esto, no estoy diciendo que todo nos debe funcionar positivamente. La unción tiene esa dualidad que no puede pasar desapercibida. Produce atracción o rechazo, pero no puede ser ignorada.

Marcos 16:20 dice: *“Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían”*. Aquí vemos un modelo claro: la predicación acompañada por la manifestación del poder de Dios. Esto producía dos cosas, algunos los rechazaban y tenían que sacudir sus pies, y otros se volvían una cosecha real para el Reino. Esto siempre ha sido así.

Porque cuando el mensaje va acompañado de evidencia, el impacto es profundo. No es solo información, es revelación. No es solo palabras, es vida. Esa vida es luz y la luz produce dos cosas, algunos se acercan a ella y otros huyen de ella muy molestos.

Pero la cosecha no termina en la conversión. Allí comienza un proceso aún más importante: la formación de discípulos. Jesús fue claro en su mandato: *“Id, y haced*

discípulos a todas las naciones” (Mateo 28:19). No dijo solamente convertir, sino discipular. Porque el Reino no se expande solo por decisiones, sino por transformación.

Un discípulo no es alguien que simplemente cree, es alguien que ha sido formado. Y aquí es donde la abundancia se vuelve visible. Porque una iglesia en modo abundancia no solo suma personas, las multiplica. No solo crece en número, crece en profundidad.

El rechazo no es extraño y puede ser sinónimo de unción, pero cuidado, si ese rechazo es el resultado de la unción verdadera, también debe haber multiplicación, porque esa es la evidencia de la salud espiritual.

Cuando una iglesia está sana, el crecimiento debe ser natural, no necesita ser exponencial, pero sí sostenido. No necesita ser forzado, no necesita sostenerse artificialmente, sino que la vida misma genera una sana expansión. No por casusa de sistemas, sino por causa de la vida.

Hechos 2:47 lo expresa de manera sencilla pero poderosa: *“Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos”*. Esto no era un esfuerzo humano constante, era el resultado de una comunidad alineada con Dios. La presencia producía atracción, la vida producía crecimiento, la unidad producía expansión. Ese es el modelo del Reino.

La abundancia de cosecha también implica entender que no todos los procesos son inmediatos. Hay siembra, hay tiempo, hay crecimiento. Pero cuando la semilla es correcta y la tierra es buena, el resultado es inevitable.

Pablo lo expresó así: ***“Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios”*** (1 Corintios 3:6). Esto libera al creyente de la presión de producir resultados por sí mismo, pero lo compromete con la responsabilidad de sembrar correctamente. Porque el crecimiento depende de Dios, pero la siembra es nuestra responsabilidad, y cuando ambos aspectos se alinean, la cosecha se vuelve abundante.

Una iglesia en modo abundancia no se conforma con lo que ya alcanzó. Tiene una visión constante de expansión. Entiende que siempre hay más vidas por alcanzar, más personas por discipular, más territorios espirituales por impactar.

No vive hacia adentro, vive hacia afuera. Porque ha entendido que la abundancia no es para comodidad, sino para misión. Cada recurso, cada don, cada estructura, cada estrategia, está al servicio de un propósito mayor: que el Reino de Dios avance. Y cuando esta mentalidad se establece, la iglesia deja de ser un lugar de reunión, y se convierte en un movimiento de transformación.

La abundancia de cosecha no es un ideal lejano, es el resultado natural de una iglesia que vive conectada, alineada y comprometida con el propósito de Dios. Es la evidencia

visible de una vida espiritual saludable. Es la manifestación práctica del Reino en acción.

Y allí, donde hay cosecha abundante, Dios es glorificado, las vidas son transformadas y la Iglesia cumple su diseño eterno. Porque ha entendido que no fue llamada solo a existir, sino a dar fruto en abundancia.

“¿No decís vosotros: Aún faltan cuatro meses para que llegue la siega? He aquí os digo: Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega.”

Juan 4:35

Capítulo nueve

ABUNDANCIA DE SABIDURÍA

“Si a alguno de ustedes le falta sabiduría, pídasela a Dios y él se la dará, pues Dios da a todos generosamente sin menospreciar a nadie.”

Santiago 1:5

La abundancia en el Reino de Dios no puede sostenerse únicamente con recursos, ni siquiera con poder espiritual. Necesita algo que la ordene, la dirija y la encauce correctamente: sabiduría. Porque donde hay abundancia sin sabiduría, inevitablemente habrá desorden. Pero donde la sabiduría gobierna, la abundancia se convierte en una herramienta efectiva para el cumplimiento del propósito.

La Escritura establece este principio de manera clara: ***“Con sabiduría se edificará la casa, y con prudencia se afirmará”*** (Proverbios 24:3). No dice con recursos, ni con fuerza, ni con capacidad... sino con sabiduría. Esto revela que la estabilidad y la proyección no dependen de cuánto se tiene, sino de cómo se administra lo que se tiene.

La sabiduría del Reino no es información acumulada, ni experiencia natural. Es la capacidad divina de ver, entender y actuar conforme al pensamiento de Dios. Es dirección revelada, no simplemente razonamiento humano.

Por eso Santiago enseña que debemos pedírsela a Dios y que la recibiremos que abundancia. Esto es extraordinario, porque muestra que la sabiduría no es un privilegio de algunos, sino una provisión disponible para todos los que la buscan correctamente.

Lamentablemente, debo decir como maestro que, no todos la desean y mucho menos la buscan. Obviamente, la mayoría busca respuestas rápidas, soluciones inmediatas, estrategias humanas. Pero la sabiduría del Reino no se obtiene en la prisa, sino en la comunión. No se activa por urgencia, sino por intimidad con Dios.

Y aquí está una de las claves más importantes para la impartición del Espíritu: la sabiduría no se recibe solo para resolver problemas, se recibe para caminar alineados al gobierno de Dios.

La iglesia que vive en abundancia necesita más que recursos, necesita dirección divina. Porque cuando Dios bendice, también espera que lo que entrega sea administrado con entendimiento.

Una vez más, el claro ejemplo de esto es Salomón. Tratándose de la abundancia y de la sabiduría, no puedo dejar

de citarlo nuevamente, tal como lo hice en el capítulo cuatro. Cuando tuvo la oportunidad de pedir cualquier cosa, no pidió riquezas ni poder, pidió sabiduría. ***“Da, pues, a tu siervo corazón entendido para juzgar a tu pueblo”*** (1 Reyes 3:9). Y la respuesta de Dios fue clara: no solo le dio sabiduría, sino también aquello que no pidió. Esto establece claramente que, cuando la sabiduría es prioridad, la abundancia se ordena.

Pero cuando la abundancia llega sin sabiduría, se desperdicia, se desordena o se pierde. La sabiduría también permite discernir tiempos, decisiones y direcciones. No todo lo que es bueno es correcto en todo momento. No toda oportunidad viene de Dios. No todo crecimiento es saludable.

Por eso, el creyente y la iglesia que operan en abundancia deben desarrollar una sensibilidad espiritual que les permita discernir correctamente toda situación. El apóstol Pablo oraba por esto diciendo: ***“Que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual”*** (Colosenses 1:9). No era solo conocimiento, era conocimiento con sabiduría.

Entender qué hacer, cuándo hacerlo y cómo hacerlo conforme al propósito de Dios, nos ayuda a evitar errores, nos da la capacidad de desviar las crisis y establecer orden en todas las cosas. Porque la sabiduría no solo construye, sino que también protege. **Proverbios 4:7** lo dice con claridad: ***“Sabiduría ante todo; adquiere sabiduría”***. Es una prioridad, no una opción. Es un fundamento, no un complemento.

Una iglesia en modo abundancia no puede depender únicamente de la inspiración o de la experiencia. Necesita estrategias del Reino. Necesita dirección clara, decisiones alineadas y pasos guiados por el Espíritu Santo.

Jesús mismo vivió de esta manera. No actuaba por presión ni por expectativa humana. Cada movimiento estaba alineado con la voluntad del Padre. Por eso su ministerio no fue solo poderoso, sino que fue perfecto en su ejecución. Y ese es el modelo para la Iglesia.

Las estrategias del Reino no son simplemente planes bien organizados. Son diseños nacidos en la presencia de Dios. Son respuestas divinas para contextos específicos. Son dirección que trasciende la lógica humana. Por eso, una iglesia sabia no se mueve solo por lo que ve, sino por lo que Dios revela.

Esto cambia completamente la manera de liderar. El liderazgo deja de ser reactivo y se vuelve profético. No responde solo a las necesidades visibles, sino que se adelanta, discierne y actúa conforme a lo que Dios está mostrando.

La sabiduría también trae orden en la expansión. Porque crecer sin orden es peligroso. Aumentar sin estructura genera caos. Pero cuando la sabiduría gobierna, cada crecimiento tiene un fundamento, cada expansión tiene un propósito y cada decisión tiene dirección. Por eso, la abundancia de sabiduría no es opcional, es indispensable.

El libro de Eclesiastés declara: **“Mejor es la sabiduría que las armas de guerra” (Eclesiastés 9:18)**. Esto nos muestra que la verdadera ventaja no está en la fuerza, sino en el entendimiento. En el Reino, el que discierne correctamente, avanza correctamente.

Aquí encontramos una verdad clave para líderes: No es suficiente tener visión, es necesario tener sabiduría para ejecutarla. Porque muchos reciben dirección de Dios, pero fallan en la administración de esa dirección. Y no por falta de fe, sino por falta de sabiduría. ’

Algunos líderes piensan que actuar con sabiduría es aplicar versículos a los problemas, pero eso es absurdo, solo en una pequeña cantidad de situaciones, los versículos pueden brindar una ayuda específica. Con esto no estoy descalificando la Escritura, por el contrario, lo que digo es que no es un versículo, sino la dinámica de toda su comprensión y la luz del Espíritu Santo, lo que nos permite adquirir sabiduría interpretando la vida, no la teología.

Por eso, la iglesia que entra en una dimensión madura de abundancia se convierte en una iglesia que busca constantemente la sabiduría de Dios. Que no toma decisiones apresuradas. Que no se guía por emociones. Que no depende solo de métodos. Que usa bien la Palabra de verdad, bajo la guía del Espíritu Santo en todo. En ese proceso, la abundancia deja de ser un riesgo, y se convierte en una plataforma de gobierno divino.

Capítulo diez

ABUNDANCIA DE PODER ESPIRITUAL

“Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra.”

Hechos 1:8

La abundancia del Reino de Dios no se limita a recursos, ni a crecimiento numérico, ni siquiera a estructuras bien organizadas. La manifestación plena del Reino incluye una dimensión indispensable: el poder espiritual. Porque el Reino de Dios no es solamente palabra... es poder.

El apóstol Pablo lo declaró con claridad: ***“Porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder” (1 Corintios 4:20)***. Esta afirmación establece una diferencia contundente entre una fe teórica y una fe viva. Entre una iglesia que solo comunica y una iglesia que manifiesta.

El poder espiritual es la evidencia de que Dios no solo está siendo anunciado, sino que está siendo revelado.

A lo largo del ministerio de Jesús, vemos que el mensaje del Reino siempre fue acompañado por manifestaciones sobrenaturales. Sanidades, liberaciones, milagros, restauraciones. No eran eventos aislados, eran parte del diseño del Reino.

Mateo 4:23 lo describe de esta manera: *“Y recorrió Jesús toda Galilea... sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo”*. El mensaje y el poder caminaban juntos. No había separación entre lo que se decía y lo que se hacía. Esto es hermoso y muy anhelado por la Iglesia de hoy. Lo que creo es que lo primero que debemos buscar, no es esas manifestaciones espirituales, sino el gobierno de Dios.

Algunos colegas me han interrogado respecto de si estoy o no de acuerdo con los milagros o el poder sobrenatural de Dios, porque siempre hago hincapié, que el gran poder del Reino es el gobierno de Dios sobre nuestras vidas. Por supuesto que no solo creo en el poder de los milagros, sino que me parecen fundamentales para la expresión del Reino. Sin embargo, sigo considerando que carisma sin gobierno solo ha generado descrédito entre los creyentes.

El modelo de los milagros sobrenaturales no terminó con Jesús. La Iglesia primitiva continuó en esa misma línea. **Hechos 5:12** dice: *“Y por la mano de los apóstoles se hacían muchas señales y prodigios en el pueblo”*. Esto no era excepcional... era normal. Porque cuando el Reino se manifiesta correctamente, el poder de Dios se hace visible.

Sin embargo, uno de los grandes desafíos de la Iglesia en muchos contextos ha sido reducir el evangelio a una experiencia intelectual o emocional, dejando de lado la dimensión sobrenatural. Se predica, se enseña, se estructura... pero muchas veces falta la evidencia del poder.

Y sin poder, el mensaje pierde impacto. No porque deje de ser verdad, sino porque no se manifiesta en la dimensión que Dios diseñó.

Jesús fue claro cuando dijo: ***“Estas señales seguirán a los que creen”*** (Marcos 16:17). No dijo a algunos, ni a una élite espiritual, sino a los que creen. Es decir, el poder no es un privilegio de unos pocos... es una consecuencia de una fe viva. Sin embargo, y esta es mi advertencia, algunos le dirán Señor, Señor, luego de haber realizados milagros en Su nombre y no serán reconocidos por Él (Mateo 7:22 y 23).

La abundancia de poder espiritual no es un lujo, es una necesidad. Porque la Iglesia no fue llamada solo a explicar el Reino, fue llamada a demostrarlo. Y esto incluye milagros, sanidades, liberación, autoridad sobre las tinieblas, transformación de vidas. No como espectáculo, sino como manifestación del gobierno de Dios.

Pero aquí es fundamental entender algo: el poder no es independiente del carácter ni de la comunión con Dios. No es una herramienta que el hombre maneja a su antojo. Es una expresión del Espíritu Santo fluyendo a través de una vida rendida.

Hechos 1:8 lo establece claramente: *“Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo”*. El poder no proviene del esfuerzo humano, sino de la presencia del Espíritu. Por eso, una iglesia que desea caminar en poder debe priorizar la presencia. No hay poder sin comunión, no hay autoridad sin sujeción y no hay manifestación verdadera sin comunión.

Jesús mismo vivía en esta dinámica. Aunque tenía toda autoridad, no actuaba independientemente del Padre. Su poder estaba conectado a su comunión. Y ese es el modelo que la Iglesia debe recuperar.

La autoridad espiritual también es parte de esta abundancia. No solo se trata de ver milagros, sino de caminar con autoridad sobre las circunstancias, sobre las tinieblas, sobre todo aquello que se opone al Reino. **Lucas 10:19** lo declara: *“He aquí os doy potestad... sobre toda fuerza del enemigo”*. Esto no es simbólico, es real. La Iglesia ha sido equipada para ejercer dominio espiritual.

Pero esa autoridad no se activa desde el orgullo, sino desde la identidad en Cristo. No es una postura externa, es una realidad interna. Quienes entendemos quienes somos en Cristo, no vivimos intimidados por las circunstancias, sino que caminamos con seguridad, no en nosotros mismos, sino en el respaldo de Dios.

Y aquí es donde la abundancia de poder encuentra su equilibrio. Porque el poder sin carácter corrompe, pero el

poder con carácter edifica. El poder sin dirección se desordena, pero el poder guiado por el Espíritu transforma. Por eso, Dios no solo quiere dar poder, quiere dar poder a personas que puedan administrarlo correctamente.

La Iglesia en modo abundancia no busca el poder como fin, sino como medio. No lo utiliza para exaltarse, sino para servir. No lo muestra como espectáculo, sino como evidencia del Reino. Y cuando esto se entiende, el poder fluye con pureza. Las vidas son sanadas, los cautivos son libres, los corazones son restaurados, las tinieblas retroceden, y el nombre de Jesús es glorificado.

Porque ese es el propósito del poder: revelar a Cristo. **Juan 14:12** lo confirma: *“El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aún mayores hará”*. Esto no es una promesa limitada a un tiempo, es una realidad disponible para la Iglesia. Pero requiere fe, requiere comunión, requiere alineación.

La abundancia de poder espiritual no es el resultado de una fórmula, es el resultado de una vida rendida al Espíritu Santo. Y cuando una iglesia entra en esta dimensión, deja de ser un lugar donde se habla de Dios y se convierte en un lugar donde Dios se manifiesta. Y allí, el Reino deja de ser una idea y se vuelve una experiencia real, transformadora y poderosa.

Capítulo once

ABUNDANCIA DE RECURSOS PARA LA EXPANSIÓN

“Dios es poderoso para hacer que toda gracia abunde para ustedes, de modo que siempre tengan todo lo necesario y abunde para toda buena obra”.

2 Corintios 9:8

La abundancia en el Reino de Dios alcanza una de sus expresiones más claras cuando los recursos dejan de ser vistos como provisión personal y comienzan a ser entendidos como instrumentos de expansión. Porque todo lo que Dios entrega tiene un propósito que trasciende al individuo y se proyecta hacia el avance de su Reino en la tierra.

La provisión nunca fue el destino final, siempre fue el punto de partida. Dios no solo suple para sostener, suple para enviar. No solo provee para cubrir necesidades, provee para habilitar propósito. Y cuando esta verdad se establece en el corazón, la relación con los recursos cambia completamente.

El apóstol Pablo lo expresa con claridad, al enseñar que Dios es poderoso para hacer que abunde en nosotros toda gracia, esto revela el diseño divino: abundancia con dirección. No es abundar sin sentido, es abundar para una asignación.

Esto implica que los recursos tienen un propósito espiritual. No son neutrales. Pueden ser utilizados para el Reino o pueden ser absorbidos por un sistema centrado en el hombre. Y la diferencia la marca el corazón del administrador.

Cuando una iglesia entra en modo abundancia, comienza a ver los recursos como oportunidades de impacto. Cada ingreso, cada herramienta, cada posibilidad se convierte en una puerta para expandir el Reino. Ya no se trata solo de sostener lo que existe, se trata de avanzar hacia lo que Dios quiere establecer.

Esto incluye proyectos, misiones, desarrollo ministerial, impacto social, formación de discípulos, extensión territorial del mensaje del evangelio. Todo lo que Dios hace en provisión tiene el potencial de convertirse en expansión. Pero para que esto suceda, es necesario romper con una mentalidad limitada. Porque muchos han aprendido a administrar para sobrevivir, pero no han sido formados para administrar para expandir. Y son dos niveles completamente diferentes.

Administrar para sobrevivir se enfoca en conservar. Administrar para expandir se enfoca en avanzar. El Reino no se mueve por conservación, se mueve por expansión.

Jesús lo dejó claro cuando dijo: *“Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura”* (Marcos 16:15). Este mandato implica movimiento, inversión, envío, acción. No se puede cumplir desde la pasividad ni desde una mentalidad de escasez. Se necesita abundancia, pero una abundancia con propósito.

La iglesia primitiva entendió esto profundamente. No veían los recursos como algo para acumular, sino como algo para distribuir estratégicamente. **Hechos 4:35** dice que se repartía a cada uno según su necesidad. Había un flujo, una circulación, una administración viva. Y eso generaba impacto.

Porque cuando los recursos se alinean con el propósito, el Reino avanza con fuerza. Las barreras caen, las oportunidades se abren, las limitaciones pierden poder. Pero también es importante entender que la abundancia para la expansión requiere responsabilidad. No se trata de gastar, se trata de invertir. No se trata de moverse por entusiasmo, sino por dirección divina.

Jesús enseñó este principio al hablar de calcular antes de construir (**Lucas 14:28**). Esto muestra que el Reino no se mueve por improvisación, sino por sabiduría. La abundancia no elimina la necesidad de orden... la intensifica. Porque

cuanto más se recibe, mayor es la responsabilidad de administrarlo correctamente.

La inversión en el Reino no siempre es visible inmediatamente. Muchas veces implica sembrar en fe, confiar en procesos, sostener obras que están en desarrollo. Pero cuando la inversión es guiada por Dios, el fruto es inevitable.

Pablo lo expresó así: ***“No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos”*** (Gálatas 6:9). Aquí vemos que la expansión no es instantánea, pero sí segura cuando se mantiene la fidelidad.

La abundancia también permite que la iglesia tenga impacto en la sociedad. No solo en lo espiritual, sino también en lo práctico. Puede responder a necesidades, generar transformación, ser luz en contextos de oscuridad. Porque el Reino no es ajeno a la realidad, la transforma.

Cuando los recursos están al servicio del propósito, la iglesia deja de ser espectadora y se convierte en agente de cambio. No solo predica, actúa. No solo anuncia, interviene. No solo habla de esperanza, la manifiesta. Y eso es poderosamente atractivo.

Porque una iglesia que vive en abundancia con propósito se vuelve relevante. No por adaptarse al sistema, sino por manifestar una realidad superior. Pero todo esto

requiere un corazón alineado. Porque si el propósito se pierde, la abundancia se desvía. Y lo que debía ser expansión, se convierte en dispersión.

Por eso, el enfoque debe mantenerse claro: los recursos no son el fin, son el medio. El fin es el Reino, el fin es el propósito de Dios, el fin es que Cristo sea conocido, manifestado y glorificado. Y cuando esta verdad gobierna, la abundancia encuentra su lugar correcto. No como acumulación, sino como movilización. No como comodidad, sino como misión. No como seguridad humana, sino como plataforma de fe.

La iglesia que entiende esto entra en una dinámica imparables. Porque no depende de lo que tiene, sino de Aquel que provee. Y al estar alineada con su propósito, se convierte en un canal constante de recursos que fluyen hacia la expansión del Reino. Y allí, la abundancia deja de ser una experiencia interna, y se convierte en una fuerza que transforma territorios.

Capítulo doce

LA ABUNDANCIA COMO PLATAFORMA DE INFLUENCIA

“Cuando los justos gobiernan, el pueblo se alegra; pero cuando los perversos gobiernan, el pueblo gime”.

Proverbios 29:2

La abundancia del Reino de Dios no tiene como objetivo final la comodidad del creyente, sino su posicionamiento. Porque cuando Dios levanta a una persona o a una iglesia en una dimensión de abundancia, no lo hace solamente para bendecirla, sino para convertirla en una referencia visible de su gobierno en la tierra.

La abundancia, correctamente entendida, no es un refugio, es una plataforma. Una plataforma desde la cual el Reino se expresa, se manifiesta y se extiende hacia diferentes ámbitos de la sociedad. Porque el diseño de Dios nunca fue que su pueblo viviera aislado, sino que fuera luz en medio de la oscuridad.

Jesús lo declaró con claridad: **“Vosotros sois la luz del mundo... ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero”** (Mateo 5:14 y 15). Esto revela que lo que Dios hace en sus hijos está destinado a ser visible. No para exaltar al hombre, sino para evidenciar a Dios. La abundancia, entonces, no se esconde, se expresa con propósito. Y esa expresión genera influencia.

La influencia en el Reino no es dominación, es manifestación. No se trata de imponer, sino de evidenciar una realidad superior. Es vivir de tal manera que el entorno no pueda ignorar lo que Dios está haciendo. Esto implica una transformación social.

Porque cuando la Iglesia vive correctamente en abundancia, impacta los sistemas que la rodean. La cultura comienza a ser confrontada, los valores se reordenan, las estructuras injustas pierden fuerza, y la verdad del Reino comienza a abrirse camino. No por imposición, sino por manifestación.

Jesús habló de esto cuando dijo: **“Vosotros sois la sal de la tierra”** (Mateo 5:13). La sal preserva, da sabor, influye sin hacer ruido. Así es la Iglesia cuando está alineada con el Reino. No necesita imponerse, su presencia transforma. Pero para que esto ocurra, es necesario entender que la abundancia no es un fin en sí mismo. Es una herramienta que posiciona al creyente en lugares donde puede generar impacto. En lo económico, en lo social, en lo cultural, en lo espiritual.

La luz no fue diseñada para brillar en lugares ocultos, sino en medio de la oscuridad. Por eso, la iglesia en modo abundancia no se retrae, no se aísla, no se limita a su propio entorno. Se expande, se proyecta, se involucra. Pero lo hace con discernimiento.

Porque influenciar no es adaptarse al sistema, es representarlo correctamente desde una identidad firme en Dios. Es estar presente sin contaminarse, es impactar sin comprometer los principios, es avanzar sin perder la esencia.

Daniel es un ejemplo claro de esto. Vivió en un sistema completamente ajeno al Reino, pero no fue absorbido por él. Al contrario, su vida generó influencia, respeto y reconocimiento. No por acomodarse, sino por permanecer firme. ***“Y Daniel prosperaba” (Daniel 6:28).***

Esto muestra que es posible vivir en abundancia y, al mismo tiempo, mantener integridad. Es posible influenciar sin perder identidad. Y ese es el desafío de la Iglesia hoy. Porque la influencia sin carácter corrompe, pero la influencia con carácter transforma.

La abundancia como plataforma de influencia también implica ejercer gobierno espiritual. No en términos políticos humanos, sino en términos de autoridad espiritual. Es entender que la Iglesia tiene una asignación sobre la tierra.

Jesús enseñó a orar: ***“Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (Mateo***

6:10). Esto no es solo una oración, es una declaración de propósito. El Reino debe manifestarse en la tierra. Y la Iglesia es el instrumento para eso.

Por eso, cuando la Iglesia vive en abundancia, no solo tiene recursos, tiene autoridad. No solo tiene provisión, tiene posicionamiento. No solo tiene crecimiento, tiene influencia. Pero esa influencia debe ser ejercida correctamente. No desde el orgullo, no desde la imposición, no desde el ego, sino desde la representación fiel de Cristo.

El apóstol Pablo lo expresó de esta manera: **“Somos embajadores en nombre de Cristo” (2 Corintios 5:20).** Un embajador no representa sus propios intereses, representa el gobierno al que pertenece. Y eso es lo que la Iglesia está llamada a hacer.

La abundancia, entonces, se convierte en una plataforma desde la cual el Reino se expresa con claridad. Las decisiones reflejan sabiduría, las acciones reflejan amor, la vida refleja a Cristo. Y eso genera un impacto profundo.

Porque el mundo no necesita más discursos, necesita evidencia. No necesita solo palabras, necesita manifestación. Y cuando la Iglesia entra en esta dimensión, deja de ser irrelevante y se convierte en una referencia. No por su tamaño, ni por sus recursos, sino por la presencia de Dios en medio de ella.

La abundancia, bien administrada, posiciona a la Iglesia en lugares donde puede influenciar generaciones. Donde puede marcar dirección, donde puede establecer valores, donde puede ser luz en medio de la confusión. Pero todo esto depende de una cosa: que el corazón permanezca alineado.

Porque si la influencia se convierte en un fin, se pierde el propósito. Pero si la influencia es entendida como una responsabilidad, el Reino se manifiesta con pureza. Y allí, la abundancia alcanza su expresión más alta: no solo bendice, transforma. No solo alcanza individuos, impacta sociedades. No solo prospera, gobierna espiritualmente.

Porque ha sido correctamente entendida como lo que siempre fue: “una plataforma para manifestar el Reino de Dios en la tierra”.

PARTE IV

**DIMENSIÓN APOSTÓLICA
DE LA ABUNDANCIA**

Capítulo trece

ABUNDANCIA CON VISIÓN DE REINO

“el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo”.

Colosenses 1:13

La verdadera madurez en la vida del creyente no se evidencia únicamente en lo que recibe, ni siquiera en lo que administra, sino en la manera en que proyecta lo que Dios le ha confiado hacia el futuro. Porque la abundancia del Reino no está diseñada para ser vivida solo en el presente, sino para extenderse más allá del tiempo, impactando generaciones.

El Reino de Dios nunca ha sido momentáneo, siempre ha sido generacional. Dios no piensa en términos de temporadas aisladas, sino en términos de continuidad. Lo que Él hace en una vida tiene la intención de trascenderla. Por eso, cuando la abundancia es correctamente entendida, deja de enfocarse únicamente en el ahora y comienza a alinearse con una visión de Reino.

Proverbios 13:22 declara: *“El bueno dejará herederos a los hijos de sus hijos”*. Este pasaje no habla solo de herencia material, sino de legado. De una transferencia que va más allá de los recursos y alcanza principios, valores, fe, propósito. Es decir, la abundancia con visión de Reino no se conforma con disfrutar, busca establecer. No vive para el momento, vive para el legado.

Este cambio de perspectiva es fundamental. Porque mientras una mentalidad limitada se enfoca en el beneficio inmediato, una mentalidad de Reino piensa en impacto a largo plazo. Se pregunta no solo qué está haciendo Dios hoy, sino qué quiere establecer a través de lo que está haciendo hoy. Esto eleva completamente la manera de vivir.

Cuando comprendemos esto, dejamos de tomar decisiones solo en función de nuestra comodidad y comenzamos a tomarlas en función del propósito eterno. Evaluamos nuestras acciones no solo por el resultado inmediato, sino por el impacto que tendrán en el futuro. Esto es visión de Reino.

Abraham caminó en esta dimensión. Dios le prometió una descendencia innumerable, pero él no vio el cumplimiento completo en su tiempo. Sin embargo, vivió, creyó y obedeció como alguien que entendía que lo que Dios estaba haciendo en él trascendía su propia vida. **Hebreos 11:10** dice que *“esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios”*. Es decir, vivía con

una perspectiva eterna. Y eso es lo que la abundancia con visión de Reino produce: una vida alineada con lo eterno.

Esto también implica expansión territorial espiritual. No en términos naturales únicamente, sino en términos de influencia del Reino. Es entender que Dios desea extender su gobierno a nuevos espacios, a nuevas vidas, a nuevos contextos.

Isaías 54:3 lo expresa así: *“Porque te extenderás a la mano derecha y a la mano izquierda”*. La abundancia no se detiene... se expande. Pero esa expansión debe ser guiada por visión, no por impulso. Porque crecer sin visión genera dispersión, pero crecer con visión genera establecimiento.

La visión de Reino ordena la abundancia. Define prioridades, enfoca recursos, alinea esfuerzos. Evita que el crecimiento se vuelva caótico y permite que cada avance tenga dirección. Por eso, el liderazgo es clave en esta dimensión. No se trata solo de administrar lo que hay, sino de discernir hacia dónde Dios quiere llevar lo que ha dado.

El apóstol Pablo vivía con esta mentalidad. No se conformaba con lo alcanzado, siempre estaba mirando hacia adelante. *“Prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (Filipenses 3:14)*. La abundancia con visión no se estanca, avanza constantemente. Pero no avanza sin sentido, avanza con propósito.

También es importante entender que la visión de Reino requiere fe. Porque muchas veces implica invertir en lo que aún no se ve, sembrar en lo que todavía no ha dado fruto, creer en lo que aún no se ha manifestado completamente. Esto desafía la lógica natural.

Pero el Reino no se mueve por lo visible, se mueve por lo revelado. **Hebreos 11:1** lo define claramente: *“Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”*. La visión de Reino se sostiene en esta dimensión de fe. No depende de evidencias actuales, sino de la palabra de Dios. Y aquí aparece una de las características más importantes de esta etapa: “la mentalidad apostólica”.

No en términos de título, sino de función. Es una mentalidad que piensa en establecer, en enviar, en expandir, en formar. No se conforma con mantener, busca avanzar. No se enfoca solo en cuidar lo existente, sino en abrir camino hacia lo nuevo. Es una mentalidad de expansión del Reino.

La iglesia que entra en esta dimensión deja de ser estática y se vuelve dinámica. No vive reaccionando, vive avanzando. No se limita a sostener, se proyecta a conquistar, pero siempre bajo la dirección de Dios. Porque la visión de Reino no nace del deseo humano, nace de la revelación divina.

Cuando esa revelación es recibida correctamente, la abundancia encuentra un propósito aún mayor. Ya no es solo

provisión, ni solo administración... es establecimiento de algo que permanecerá más allá del tiempo.

Cuando vivimos esta dimensión entendemos que nuestra vida es parte de algo más grande. Que lo que Dios está haciendo en nosotros no termina en nosotros. Que cada recurso, cada oportunidad, cada asignación, tiene un propósito que nos trasciende. Y eso cambia completamente nuestra manera de vivir.

Entonces, las decisiones se vuelven más profundas, las prioridades se ordenan. El enfoque se alinea con lo eterno, porque hemos entendido que la verdadera abundancia no es lo que disfrutamos, sino lo que es establecido para el Reino. Y allí, en esa dimensión, dejamos de vivir solo para el presente y comenzamos a construir para la eternidad.

Capítulo catorce

ABUNDANCIA QUE ESTABLECE LEGADO

“Bienaventurado el que teme al Señor... Su descendencia será poderosa en la tierra; la generación de los rectos será bendecida”.

Salmo 112:1 y 2 (NVI)

La abundancia del Reino alcanza su máxima expresión cuando deja de ser una experiencia individual y se convierte en un legado que trasciende generaciones. Porque lo que no se transfiere, se pierde. Y lo que no se establece en otros, termina limitado al tiempo de una sola vida.

Dios nunca pensó en términos de individuos aislados, sino en generaciones conectadas. Desde el principio, su lenguaje fue generacional, diciendo: *“Yo soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob”* (Éxodo 3:6). Esto revela continuidad, transferencia, permanencia.

El Reino no se construye en una sola generación, se establece a través de generaciones. Por eso, la abundancia no

solo debe ser recibida, ni solo administrada, ni solo proyectada, debe ser transferida. Pero no cualquier transferencia, sino una transferencia correcta, porque no se trata solo de dejar recursos, sino de impartir principios. No se trata solo de heredar bienes, sino de establecer una cultura del Reino. No se trata solo de multiplicar lo material, sino de reproducir lo espiritual.

La herencia más poderosa no es lo que una persona deja en manos de otros, es lo que deja en el corazón de otros. Es por eso, que nosotros no hemos heredado bienes materiales de Abraham. Nadie nos ha dado algunas ovejas en su nombre, nuestra bendición en él es espiritual (**Gálatas 3:9**).

El apóstol Pablo entendía esto profundamente. No solo predicaba, formaba. No solo enseñaba, impartía. A Timoteo le dijo: *“Lo que has oído de mí... esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros”* (**2 Timoteo 2:2**). Aquí vemos una cadena generacional. Pablo recibió el evangelio por revelación, él se lo impartió a su hijo espiritual Timoteo, y Timoteo como pastor, tuvo la misión de impartir lo recibido a hombres fieles, los cuales también han tenido que transferir lo recibido. Ese es el diseño del Reino.

La abundancia que establece legado no se enfoca solo en el presente, sino en la continuidad. Busca formar personas que puedan sostener, expandir y multiplicar lo que han recibido. Porque el verdadero éxito en el Reino no se mide

por lo que una persona logró, sino por lo que dejó establecido en otros.

Jesús mismo trabajó con esta visión. No buscó simplemente impactar multitudes, sino formar discípulos. Invirtió tiempo, vida, enseñanza, carácter. Y a través de esos discípulos, el Reino se expandió a las naciones. Su legado no fue solo lo que hizo, fue lo que dejó en ellos.

Eso es lo que marca la diferencia entre una obra momentánea y una obra permanente. La abundancia sin legado se diluye, la abundancia con legado se multiplica. Pero establecer legado requiere intencionalidad. No ocurre automáticamente. Requiere tiempo, inversión, enfoque. Requiere formar, corregir, acompañar, impartir, requiere paternidad espiritual.

Este es un punto clave para líderes. Porque no se trata solo de dirigir, sino de formar. No se trata solo de avanzar, sino de levantar a otros que puedan continuar la obra. El corazón del Reino no es solo crecer, es reproducirse. Por eso, la transferencia debe ser integral. No solo de conocimiento, sino de vida. No solo de enseñanza, sino de ejemplo. No solo de palabra, sino de experiencia.

Porque lo que no se ve, no se aprende, y lo que no se vive, no se transmite.

El salmista lo expresa así: ***“Una generación alabarás tus obras a otra generación, y anunciará tus poderosos***

hechos” (Salmos 145:4). Esto es legado. Es una continuidad viva del obrar de Dios.

La abundancia que establece legado también implica preparar a otros para manejar lo que Dios ha dado. No solo entregar, sino capacitar. No solo delegar, sino formar el carácter necesario para sostener lo delegado. Porque entregar sin formar es irresponsable, y formar sin transferir es incompleto. Ambas cosas deben ir juntas.

También es importante entender que el legado no siempre se verá completamente en vida. Muchas veces, se siembra para que otros cosechen. Y esto requiere una madurez profunda, porque rompe con el deseo de ver todo el resultado inmediato. Pero el Reino no se mide en términos de visibilidad, se mide en términos de fidelidad.

El que es fiel en formar, en impartir, en establecer, aunque no vea todo el fruto, ha cumplido su asignación. Y Dios se encarga de la continuidad. Por eso, quienes vivimos en esta dimensión dejamos de construir para nosotros mismos y comenzamos a construir para el Reino. Ya no buscamos solo resultados personales, sino impacto generacional.

Nuestras decisiones cambian, nuestras prioridades se alinean, y nuestro enfoque se eleva, porque llegamos a comprender que nuestra vida es una plataforma para algo mayor. La abundancia, entonces, deja de ser una experiencia temporal y se convierte en una semilla eterna. Una semilla

que, al ser sembrada correctamente en otros, produce fruto que permanece.

Jesús lo dijo claramente: *“Yo os elegí... para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca”* (Juan 15:16). No solo fruto, sino fruto que permanezca. Ese es el legado.

Quienes elegimos entrar en esta dimensión es porque hemos alcanzado una madurez profunda. Hemos entendido que no se trata solo de vivir bien, sino de dejar bien establecido el camino para otros. Personalmente, trabajo en eso y deseo que todos mis hermanos y colegas puedan verlo y entenderlo de esta manera.

Cuando nos disponemos, llegamos a comprender que la abundancia no es solo para disfrutarla, sino para multiplicarla en generaciones. Nuestros dones, talentos, y capacidades, no tienen sentido si en la ecuación no entrara la gente que podemos alcanzar. ¿De qué serviría un maestro de la Palabra si viviera solo en una isla? ¿Para qué habría recibido algo de Dios, si no hubiera a quien entregárselo? Es allí donde el Reino encuentra continuidad.

Porque lo que Dios comenzó en uno, no termina en uno, sino que se expande, se establece y permanece a través de muchos. Eso fue lo que hizo nuestro Señor, se sembró para dar fruto, y nosotros somos su extensión, somos quienes hemos tomado la posta solo por un breve tiempo, permitiendo luego, que otros sigan adelante. Así es el Reino.

CONCLUSIÓN

“Fuimos llamados a vivir en plenitud, no en limitación.”

A lo largo de este recorrido hemos comprendido que la abundancia del Reino de Dios no es un concepto superficial, ni una promesa aislada, ni una experiencia momentánea. Es una dimensión de vida que involucra transformación interna, alineación espiritual, administración correcta y manifestación visible.

No es simplemente recibir más, es vivir conforme al diseño de Dios. Desde el inicio, Dios nunca pensó en su pueblo viviendo en limitación, sino en plenitud. No una plenitud centrada en lo material, sino una plenitud integral, donde cada área de la vida está alineada con su propósito.

Jesús lo expresó con claridad: ***“Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia”*** (Juan 10:10). Esta abundancia no es opcional, es parte del diseño. Es la evidencia de una vida conectada con Él.

Pero también hemos visto que esta abundancia no puede ser vivida de cualquier manera. Requiere ensanchamiento, obediencia, generosidad, carácter, gobierno de Dios, sabiduría, poder espiritual, propósito, visión y legado. Porque la abundancia sin estos fundamentos se pierde, se desvía o se corrompe.

Hemos visto que la abundancia del Reino no es acumulación, es manifestación. Es la evidencia de que Dios gobierna una vida, una familia, una iglesia. Es el reflejo visible de una realidad invisible. Es el resultado de una vida rendida, alineada y comprometida con el propósito eterno.

También hemos entendido que la abundancia no termina en nosotros. Nunca fue diseñada para eso. Todo lo que Dios hace en nosotros tiene como objetivo impactar a otros. Alcanzar vidas, transformar contextos, establecer su Reino en la tierra. Por eso, vivir en abundancia no es un privilegio egoísta, es una responsabilidad espiritual.

Es ser canales y no depósitos, es ser instrumentos y no objetivos finales, es ser representantes de Dios y no de nosotros mismos. Los hijos de Dios que comprendemos esto, dejamos de vivir centrados en nuestra realidad y comenzamos a vivir enfocados en el propósito de Dios. Nuestras decisiones cambian, nuestra perspectiva se eleva, y nuestra vida adquiere un sentido más profundo, porque ya no buscamos solo ser bendecido, sino que buscamos ser útiles en las manos de Dios.

Es entonces que, la abundancia encuentra su expresión más pura. No como algo que se retiene, sino como algo que fluye. No como algo que se presume, sino como algo que se administra. No como algo que se controla, sino como algo que se rinde al gobierno de Dios.

Cómo verán, estos tres libros “Modo abundancia” no han sido solo una enseñanza, sino más bien un llamado. Un llamado a salir de la mentalidad de escasez, un llamado a dejar la inmadurez espiritual, un llamado a crecer, a madurar, a alinearse.

Pero, sobre todo, es un llamado a manifestar, a manifestar lo que ya ha sido dado, a vivir lo que ya ha sido establecido, a expresar lo que ya ha sido depositado en Cristo.

Efesios 1:3 declara que *“nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo”*. No dice que nos bendecirá... dice que ya nos bendijo, porque bendición no es lo que tenemos, sino primeramente lo que somos. La abundancia ya fue provista en Cristo, ahora debe ser manifestada. Y esa manifestación depende de una vida alineada.

Hoy más que nunca, la Iglesia necesita levantarse en esta dimensión. No como una opción, sino como una necesidad. El mundo no necesita una iglesia limitada, necesita una iglesia que manifieste el Reino.

Una iglesia con carácter, con poder, con sabiduría, con recursos alineados, con visión, con legado. Una iglesia que no solo hable de Dios, sino que lo revele. Este es el tiempo de vivir en plenitud. No en una plenitud superficial, sino en una plenitud que honre a Dios, que edifique a otros y que manifieste el Reino en la tierra.

Sección final para líderes

ACTIVACIÓN, IMPLEMENTACIÓN Y ALINEACIÓN EN MODO ABUNDANCIA

La enseñanza sin aplicación produce admiración, pero no transformación. Por eso, todo lo que ha sido desarrollado en este libro debe traducirse en decisiones, prácticas y estructuras concretas. El Reino no se manifiesta solo por revelación, se establece cuando la revelación se convierte en vida.

Este es un llamado a líderes que no solo desean entender la abundancia, sino vivirla, sostenerla y multiplicarla en la iglesia.

Activaciones prácticas:

La activación espiritual no es un evento emocional, es un acto de fe consciente que alinea el corazón con la verdad de Dios. Es tomar lo que ha sido revelado y comenzar a caminar en ello.

Es necesario que cada líder haga una evaluación honesta delante de Dios. No desde la culpa, sino desde la verdad. Debemos preguntarnos con sinceridad:

¿Estamos viviendo en mentalidad de abundancia o aún operamos desde la escasez? ¿Estamos administrando lo que Dios nos ha dado o simplemente lo estamos usando? ¿Estamos dependiendo de Dios o funcionando en nuestra propia capacidad? ¿Estamos formando a otros o solo sosteniendo nuestras estructuras?

Luego de esta evaluación, el siguiente paso es tomar decisiones concretas. Decidir ensanchar la capacidad espiritual, estableciendo tiempos más profundos de comunión con Dios. Decidir caminar en obediencia inmediata, sin postergar lo que Dios está demandando. Decidir vivir en generosidad, no como acto ocasional, sino como cultura. Decidir ordenar los recursos conforme al propósito del Reino. Decidir caminar bajo el gobierno de Dios en cada área de nuestra vida.

Debemos tener en claro que la activación comienza cuando la decisión se vuelve acción.

Desafíos ministeriales:

Todo crecimiento verdadero implica desafíos. Y estos no deben ser evitados, sino abrazados como parte del proceso de expansión.

El primer desafío es romper con la mentalidad de mantenimiento. Muchas iglesias han sido formadas para sostener, pero no para expandir. Esto debe cambiar. El liderazgo debe comenzar a pensar en términos de avance, no solo de conservación.

El segundo desafío es formar discípulos y no solo congregantes. La abundancia del Reino no se sostiene con asistentes, se sostiene con discípulos formados, comprometidos y alineados.

El tercer desafío es ordenar las finanzas con propósito. No se trata solo de cubrir gastos, sino de invertir estratégicamente en lo que produce expansión del Reino.

El cuarto desafío es desarrollar una cultura de dependencia del Espíritu Santo. No se puede sostener la abundancia con métodos humanos. Es necesario volver a la guía, a la sensibilidad y a la dirección del Espíritu en cada decisión.

El quinto desafío es levantar nuevos líderes. Ninguna obra crece de manera saludable si todo depende de una sola persona. La abundancia requiere multiplicación de liderazgo.

Oraciones de alineación:

Padre Eterno, en el nombre de Jesús, reconocemos que Tú eres la fuente de toda abundancia. Hoy nos rendimos ante Tu presencia, nuestra vida, nuestro ministerio y todo lo que has puesto en nuestras manos, Lo ponemos todo bajo tu gobierno...

Renunciamos a toda mentalidad de escasez, a toda autosuficiencia y a toda forma de administración incorrecta. Declaramos que nuestro corazón se alinea con tu propósito... Ensánchanos por dentro, capacítanos para recibir y sostener todo lo que Tú quieres derramar en nosotros. Forma en nosotros el carácter necesario para administrar la abundancia sin desviarnos...

Te pedimos que Tu precioso Espíritu Santo, nos guíe en cada decisión. No queremos avanzar sin Tu dirección, ni construir sin Tu diseño...

Haz de nuestra vida un canal de bendición. Que todo recurso, toda oportunidad y toda asignación sea utilizada para expandir Tu Reino...

Levanta a través de nosotros personas que amen Tu presencia, que vivan en obediencia y que establezcan tu propósito en la tierra, y que nosotros podamos ser el ejemplo de todo eso...

Te lo pedimos en el nombre de Jesús. ¡Amén!

Plan de implementación en la Iglesia:

Para que la enseñanza se convierta en una realidad visible, es necesario establecer un proceso claro y progresivo.

En primer lugar, enseñar estos principios de manera intencional. No como un mensaje aislado, sino como una línea de formación dentro de la iglesia. La cultura se establece a través de la repetición y la enseñanza constante.

En segundo lugar, evaluar las estructuras actuales. Revisar si lo que se está haciendo responde a una mentalidad de abundancia o de mantenimiento. Ajustar lo que sea necesario.

En tercer lugar, establecer equipos enfocados en expansión. Evangelismo, consolidación, discipulado, desarrollo de líderes, impacto social. Cada área debe tener dirección, propósito y seguimiento.

En cuarto lugar, ordenar la administración financiera con visión de Reino. Definir porcentajes de inversión en expansión, en formación, en obra social. La abundancia debe ser canalizada estratégicamente.

En quinto lugar, desarrollar un sistema de formación de discípulos. No solo enseñar, sino acompañar, formar, levantar personas que luego puedan reproducirse en otros.

En sexto lugar, generar espacios de oración y búsqueda constante de la dirección de Dios. Sin esto, todo lo demás pierde sustento.

Y finalmente, evaluar constantemente el avance. No solo en números, sino en transformación real. En crecimiento espiritual, en compromiso, en impacto, en fruto.

Cierre final para líderes:

La abundancia del Reino no es un mensaje para admirar, es una vida para vivir. No es un concepto teológico, es una realidad espiritual. No es una meta lejana, es un llamado presente.

Dios está buscando líderes que no solo hablen de abundancia, sino que la representen. Que no solo enseñen principios, sino que los vivan. Que no solo reciban, sino que administren, expandan y establezcan.

Este es el tiempo de levantarse en esa dimensión. No con orgullo, sino con dependencia. No con autosuficiencia, sino con rendición. No con ambición personal, sino con pasión por el Reino.

Porque cuando un líder se alinea correctamente, no solo cambia su vida, cambia todo lo que está bajo su influencia. Y allí, el Reino se manifiesta. Entonces la abundancia deja de ser una enseñanza y se convierte en una cultura viva que glorifica a Dios.

Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal www.osvaldorebolleda.com y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

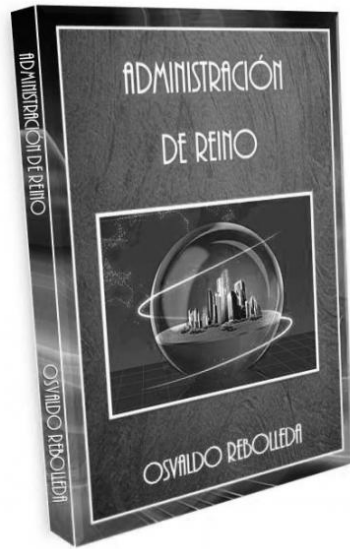
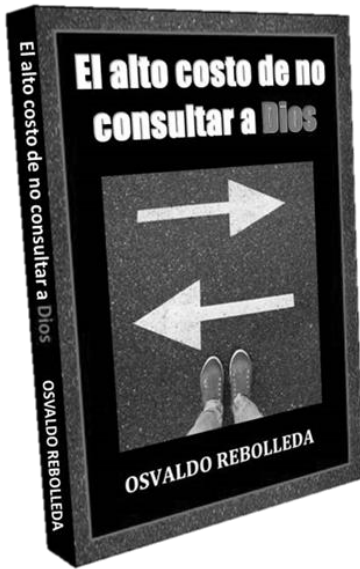
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

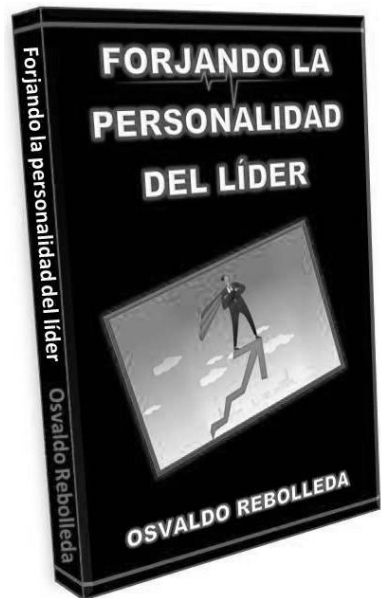
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

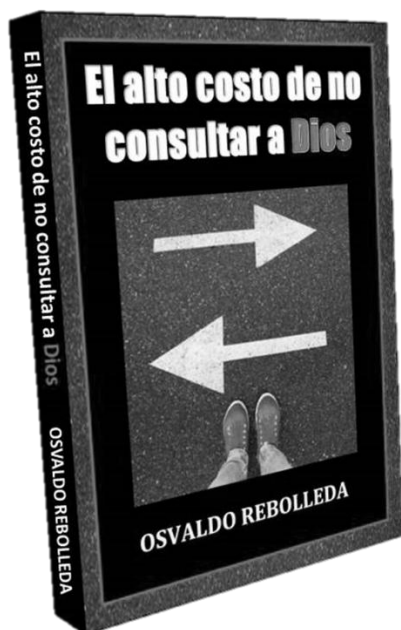


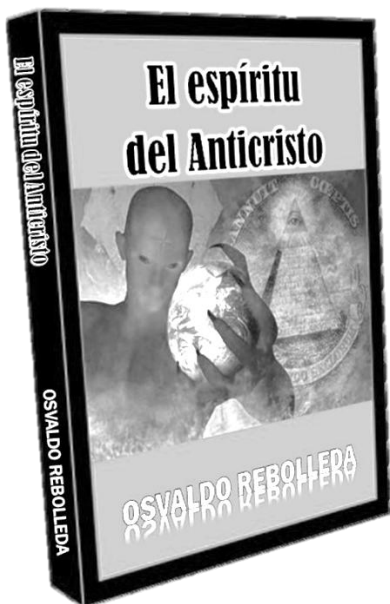
www.osvaldorebolleda.com



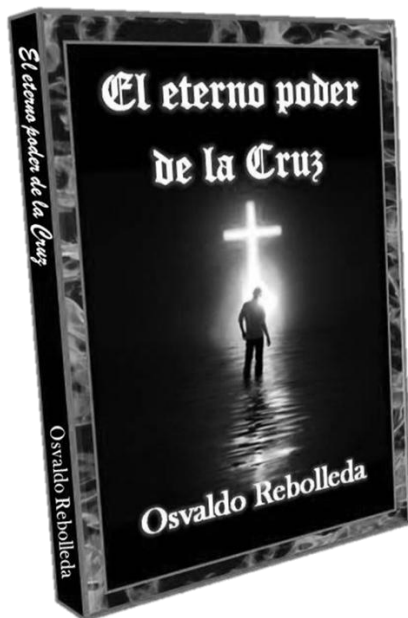
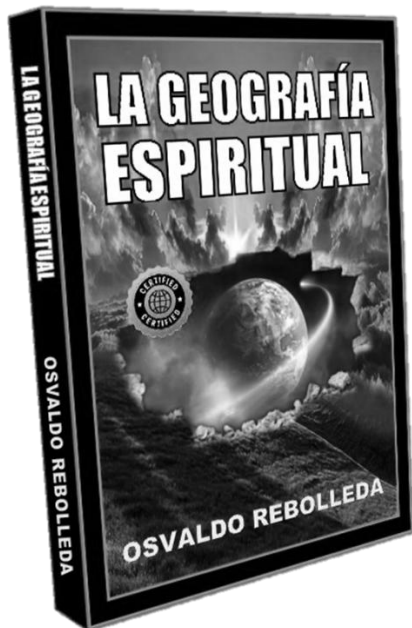


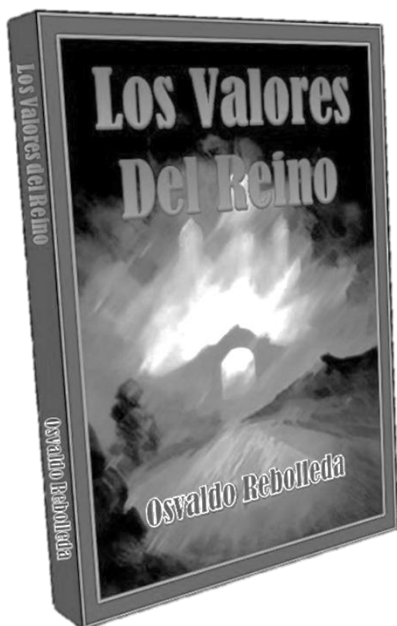
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

